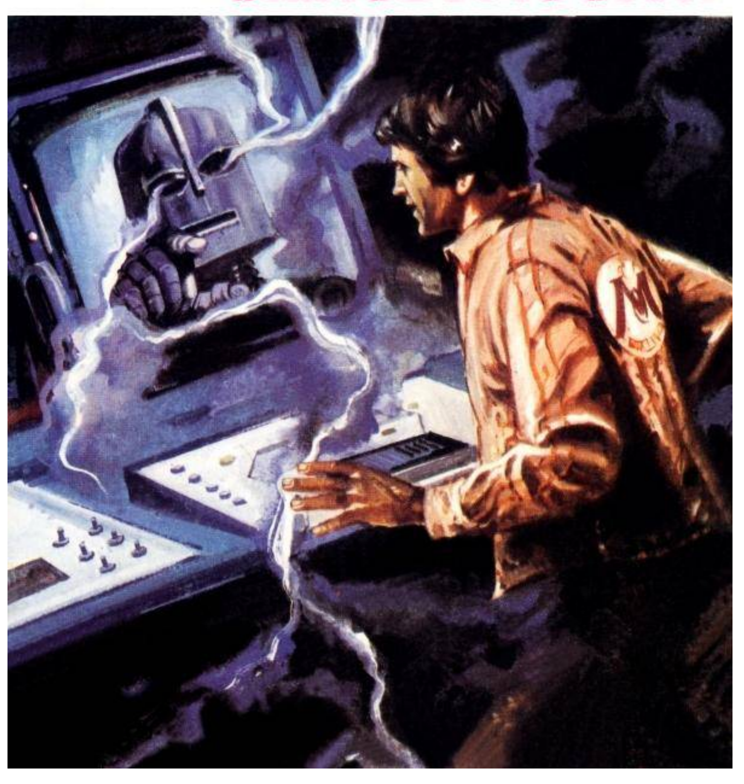
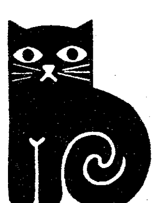


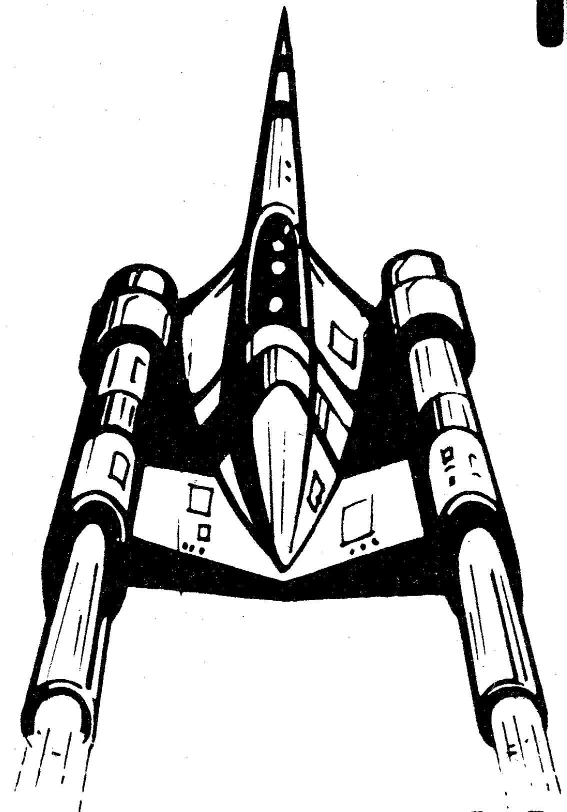
NAPO, EL ROBOT

Joseph Lewis

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

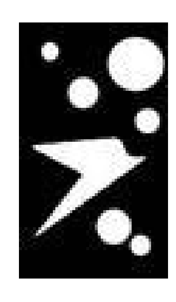
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

669 — El ojo de Dios — *Curtis Garland*
670 — En busca del dinosaurio perdido — *Adam Surray*
671 — Objetivo: Destruir el Sol — *Joseph Berna*
672 — Los mercenarios de Whutoo — *A. Thorkent*
673 — Emigración al terror — *A. Thorkent*

JOSEPH LEWIS

NAPO, EL ROBOT

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 674
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 18.397 — 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1.a edición: julio, 1983
2.ª edición en América: enero, 1984

Concedidos
derechos exclusivos
a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos

pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Nunca había oído hablar del planeta PT-1.001. Se trataba de uno de esos planetas aún inexplorados por el hombre. Un paraíso —o quizás un infierno— en los confines de la galaxia, al que se tardaba cuatro o más años en llegar.

Pero él estaba dispuesto a dar por bien empleado

tan dilatado

espacio de tiempo si al final del largo viaje le aguardaba un mundo mejor. La madre Tierra empezaba a antojársele incómoda e inquie- tante: demasiado maquinismo.

Por eso decidió presentarse en el Departamento por los Asuntos del Espacio. Un departamento con una sección de Supercom- putadoras que, barajando todos los datos relativos a una persona, dictaminaba si ésta era apta o no para un determinado viaje o misión espacial.

Peter Morris estaba convencido de que reunía los requisitos ne- cesarios para ser inscrito en la relación de viajeros con destino a PT-
1.001. Entre otras cosas, era joven, saludable y bien parecido. A sus treinta y dos años, poseía un carácter ecuánime, mente ágil y llena de recursos y un temperamento altamente sexual.

En el centro estatal de Amarillo, Texas, tomó el ascensor para dirigirse a la planta catorce, donde se encontraba la sección de Supercomputadoras. Con anterioridad ya había presentado una ins- tancia con documentación bastante completa, pero no era suficiente. Los datos a recabar por parte del Departamento de Evaluación debían ser exhaustivos, de modo que siempre existía la posibilidad de poseer aptitudes o defectos que él no conocía ni remotamente. Las supercomputadoras lo sabían todo,

escudriñaban todo y lo com- binaban todo. El hombre no tenía secretos para ellas.

"Dadme una palanca y removeré el mundo”, había dicho un tal
Arquímedes en tiempos pretéritos. De igual modo, las supercomputadoras podían decir en pleno siglo XXV; "Dadme un hombre y removeré el cosmos.”

En efecto, las supercomputadoras daban siempre con el hombre
apropiado para cada viaje, para cada ocasión. Ellas decidían, sin
posible error, quien era el mejor astronauta, quién el más fuerte, el

más audaz, el más resistente o el de más recursos. Ellas eran las verdaderas conquistadoras del espacio exterior.

Peter las temía porque parecían poseer rayos X en los ojos. Algunas, las más sofisticadas, tenían una vaga apariencia humana, un rostro de esfinge metálico, ojos grandes como faros de automóvil y boca que emitía temibles opiniones de cavernosa sonoridad: enormes robots inmóviles, fijos en el suelo, salvo la cabeza, que podían mover hacia abajo para mirar a los minúsculos ojos del infeliz mortal sometido a su implacable examen.

Pero estas máquinas eran las menos, y solo se utilizaban en los casos más difíciles y especiales. Supercomputadoras complejas para escudriñar cerebros de hombres complejos.

Peter Morris no era, o al menos él no se consideraba, un hombre complejo. Nunca se había tenido por tal.

Se creía sencillo y sin problemas internos, una persona sin complicaciones de ninguna clase. Lleno de vida y, por añadidura, con un alto coeficiente intelectual: nada más y nada menos que 150.

Sin embargo, no se consideraba un genio. Tenía algunos amigos que sí lo eran. Amigos que habían nacido en un laboratorio de genios, de una probeta, de un semen procedente de un hombre genial, que a su vez era hijo de la misma clase de laboratorio. Pero estos genios le daban lástima en el fondo. Había en ellos algo que no acababa de gustarle: demasiada inteligencia, demasiado cálculo, acaso muy poco corazón. Pertenecían a una esfera en la que primaba la inteligencia químicamente pura. Muchos de estos genios soñaban con parecerse a las

supercomputadoras, rivalizaban con ellas en penetración psicológica, eficacia y exactitud de propósitos.

No quería parecerse a sus amigos geniales, todo cerebro. Él estaba orgulloso de poseer, por encima de todo, un corazón. Aunque en el mundo en que vivía esto podía resultar peligroso. Por eso lo ocultaba como un pecado secreto.

Al llegar a la planta catorce lo recibió una

muchacha de formas

esculturales. La conocía de vista, por haberla visto algunas veces en el *self-service* del centro. Más de una vez había intentado entablar conversación con ella, pero siempre la veía acompañada. Ahora, por fin, se le presentaba la ocasión tan largamente soñada.

—¿Viene para un primer contacto? —le preguntó

ella.

—En efecto. Un primer contacto con una Súper. Pero permítame decirle que es usted quien merece el calificativo de súper en propiedad. Porque es usted súper bonita.

Ella sonrió, mostrando una blanca y perfecta dentadura que hacía más tentadores sus carnosos labios.

—Gracias —musitó ligeramente turbada—. La verdad es que me gusta oír cosas así de vez en cuando. Pero aquí no es frecuente.

—Demasiados genios, ¿no es cierto?

—Si, en efecto. ¿Sabe lo que suelen decirme? Que podría ser la compañera ideal para pasar una temporada en un planetoide solitario.

—Son unos materialistas.

—¿Usted no es materialista, *mister* Morris?

—Ah, de modo que ya conoce mi nombre... Bien, yo también sé que usted se llama Mary. Mary Pinter. Y debo decirle que cuando la veo también me siento muy materialista, señorita Súper.

Durante un rato conversaron en tono jovial. Peter parecía acariciar a la joven con la mirada. De momento, era con lo único que podía acariciarla. Era más bien alta, rubia y con los ojos azules. Tenía el cutis blanco y satinado, naturalmente sonrosado en las mejillas, en las que se le formaban dos seductores hoyuelos cuando sonreía. Rellenita, de pronunciadas caderas y

senos pequeños, pero firmes.

Estaban en un vestíbulo espacioso. En las paredes, litografías de diferentes modelos de supercomputadoras, y hasta un retrato al óleo de la “Súper 4.012”, la última invención de la Sección de Com- putadoras de Amarillo.

Una máquina —como a veces las llamaba Peter en tono despec-
tivo— que llevaba un año funcionando. Él ya había estado en alguna ocasión ante ella, recibiendo sus penetrantes miradas, sus invisibles rayos cognoscitivos, en los que parecía sintetizarse todo el saber de la ciencia.

—Bueno, creo que no debemos hacer esperar a la “señorita
4.012”—. Peter consultó su reloj de pulsera y miró intensamente a la espléndida muchacha que tenía frente a él.

—¿Qué piensa hacer esta noche, Mary Pinter?

—Irme a dormir, por supuesto —sonrió ella.

—¿Sola? —musitó él sin dejar de devorarla con los ojos.

Ella hizo un gesto con el que parecía querer mostrarse ofendida por la pregunta, pero sus ojos reían.

—Cuidado, señor Morris. Trate de arrojar los malos pensa- mientos de su mente. De lo contrario, la "señorita 4.012", como usted la llama, los detectará y acabará poniéndole mala nota.

Peter miró pensativo a lo largo del corredor que tenían ante ellos, al final del cual aguardaba la "Súper 4.012".

—Lo siento, no he querido molestarte —la tuteó por primera vez—. Si, tienes razón, creo que debo hacer algo con mis pensamientos pecaminosos. Pero ¿dónde los pongo? La "señorita 4.012" todo lo ve, todo lo descubre...

Hablaba en son de broma, pero en el fondo no hacía más que expresar la inquietud que la inminente entrevista le causaba.

—Hasta luego, Mary —estrechó su mano y echó a andar con paso decidido hacia el fondo del corredor. Llevaba recorrido un buen trecho cuando volvió la cabeza hacia atrás para ver a Mary Pinter, que le contemplaba desde la entrada del vestíbulo. Le tiró un beso con la punta de los dedos y apresuró el paso, como si luchase con el imperioso deseo de volver junto a la joven.

La gran puerta que daba acceso a la estancia donde se encontraba la supercomputadora se hallaba herméticamente cerrada. El silencio reinaba por

doquier, un silencio magníficamente conse- guido merced a muros, pavimentos y contraventanas perfectamente insonorizados. El silencio que reinaba en las distintas dependencias de la planta sólo era comparable al de una selva expectante, una selva sobre la que se cerniese un peligro y todos sus moradores se hubiesen escondido.

A Peter se le aceleraron los latidos de su corazón. Algo que le sucedía muy rara vez, incluso en las circunstancias más com- prometidas. No se atrevía a confesárselo a sí mismo abiertamente, pero lo cierto era que temía a la "Súper 4.012". Recordaba la última entrevista se sintió desnudo ante la maldita máquina, inerme, sin secretos, como un cajón de armario sacado del mueble y puesto boca abajo para que arroje su contenido.

"Bueno, vamos allá", se dijo mordiéndose el labio

inferior en su

nerviosismo Apretó un botón del cuadro de mandos situado a la izquierda de la puerta y ésta se descorrió lentamente. Franqueó el

umbral y sintió cómo la puerta volvía a cerrarse a su espalda. Estaba en una pequeña estancia hexagonal, toda ella pintada de color naranja. Ningún mueble, ningún adorno. Sólo silencio. Frente a él, una estrecha puerta del mismo color de las paredes. Se situó ante ella y esperó. Podía oír los latidos de su corazón.

“Abre de una vez, maldita sea”, pensó transcurrido un minuto. La puerta se abrió violentamente, con una celeridad que no pudo menos de sobresaltarle. En la anterior entrevista —lo recordaba perfectamente—, aquella puerta se abrió muy despacio.

Cruzó el umbral y se halló en una estancia más

amplia. Frente a

él, pegada a la pared del fondo, se hallaba la “señorita 4.012”. Un artefacto de más de dos metros de altura, con una cabeza grande como la de un elefante y pecho enorme lleno de cables de finísimo grosor que aparecían y desaparecían, de luces multicolores, palancas y complejos dispositivos: una especie de panel de mandos sofisticado como pocos. El artefacto permanecía sobre un pequeño pedestal circular, del que parecía formar parte. Estaba inmóvil como una estatua; sólo la cabeza, unida al tronco por un cuello de material flexible, parecía estar dotada de movimiento, aunque éste se había reducido hasta el momento a una ligera inclinación hacia abajo.

Peter avanzó algunos pasos y se situó en una pequeña pla- taforma circular situada ante el robot-computadora. La máquina levantó un poco su cuadrada cabeza, aunque seguía mirando hacia abajo. La distancia de dos metros que le separaban de la máquina le parecía sin duda mucho menor a Peter. Se hubiese sentido más tranquilo de haber estado un poco más alejado de la "Súper".

Los ojos de la "señorita 4.012" parecieron cobrar vida de repente.

Una vida hecha de luces cambiantes que se superponían entre sí, hasta hacérsele a Peter dolorosa su contemplación. Pero una de las normas para llevar a buen término la entrevista era que el individuo debía mirar a la máquina en todo momento, como si de un interlocutor de carne y hueso se tratase. Pestañear lo menos posible y no perder de vista sus ojos cognoscitivos, con objeto de que ésta pudiera hacer su trabajo sin impedimentos técnicos.

—Tú estás enamorado —dijo de pronto la máquina con voz bien modulada, pero un tanto fría e impersonal—. Tu cerebro está lleno de pensamientos de inequívoco carácter obsceno-sentimental.

Peter parpadeó, tragó saliva. Pensó que la máquina, la maldita "señorita 4.012", había cometido un error garrafal. Él no estaba enamorado.

—Te equivocas, querida —dijo con una sonrisa—.

No estoy ena-

morado.

La "Súper" movió su pesada y metálica cabeza. Su boca inmóvil, más parecida a un buzón de correos que a una verdadera boca, no dejó escapar ningún sonido. Sólo sus grandes ojos volvieron a barajar con increíble celeridad un sin fin de luces de todos los colores.

—No estoy enamorado, de veras —insistió Peter —. Me gustan las mujeres, eso sí. Algunas más que otras, es cierto. ¡Pero no estoy enamorado!

—Lo estás —dijo al fin la "Súper"—.

Profundamente enamorado.

Sin duda ésa es la causa de que te muestres irritable.

—¡Vaya! —exclamó Peter con sorna—. ¿También estoy irritable?

CAPÍTULO II

Aquello era ya el colmo. No le cabía la menor duda: la "Súper" no tenía su día.

—Si, también estás irritable —repuso el artefacto—. Me lo de- muestra la violencia con que se abrió la puerta de la estancia. Es una puerta ultrasensible, su dispositivo de apertura detectó un pensamiento violento y se abrió a impulsos de ese pensamiento. Reconócelo.

Peter hizo memoria.

—En efecto —reconoció admirado—. Pensé... pensé algo así como... ¡ábrete, maldita sea!

—¿Lo ves? Estás irritable. Y estás irritable porque te has enamo- rado profundamente de una mujer.

—No es posible. ¿Cómo no iba a saberlo yo, que soy el interesado?

—No lo sabes a nivel consciente. Pero tu subconsciente sí que lo sabe.

Peter dejó escapar un suspiro de fastidio. Seguía sin creer en las palabras de la "Súper".

—Está bien, de acuerdo —dijo al fin, alzándose de hombros—. Puesto que eres tan lista, amiga "Súper", ¿puedes decirme el nombre del objeto de mis sueños? Anda, dime cómo se llama ella, ya que eres tan lista.

—Mi capacidad no llega a tanto —contestó la

máquina—. Tendría que entrevistar a todas tus amistades, a todas las mujeres que conoces, y entonces tal vez consiguiese averiguar cómo se llama ella. Esto es algo que debes averiguar por ti mismo. Pregunta a tu subconsciente. Cuando menos lo esperes, se hará la luz en tu cerebro consciente. Ya puedes marcharte, Peter Morris. Ya sé de ti todo lo que nos interesa.

Peter no se movió de su pedestal. La "Súper" ya no le miraba. Sus grandes ojos seguían barajando luces de ricos y refulgentes matices, pero ahora miraban por encima de su cabeza. Peter carraspeó, levantó la mano como un niño que, en la escuela, quiere llamar la atención de su profesor. Pero la máquina no volvió a prestarle

atención.

Bajó del pedestal y se encaminó hacia la estrecha puerta ultrasensible. La puerta permaneció cerrada. Peter Morris cruzó los brazos sobre el pecho y aguardó, se armó de paciencia. Pasó un minuto y él, impaciente, pensó: “Vamos, ábrete ya, chivata, alca- hueta”

La puerta se abrió con mayor violencia si cabe que la vez anterior. Peter se apresuró a cruzarla. A su espalda, pudo oír la voz de la "señorita 4.012":

—Estás irritable, Peter Morris. Estás enamorado.

Cuando se vio en el corredor, se detuvo un instante para re- flexionar. Apenas podía hilvanar sus pensamientos, le costaba trabajo dar crédito a la situación que acababa de vivir. ¡Enamorado! ¿Cómo diablos podía saberlo un montón de hierros y cables que se apilaban bajo el pomposo nombre de Supercomputadora 4.012? Sin embargo, no tenía más remedio que admitirlo de buen grado. La "Señorita" lo sabía. Incluso era capaz de deducir que su irritación era causada por el enamoramiento. ¡Diablo de máquina!

Enfiló el corredor en dirección al vestíbulo, donde esperaba encontrar a Mary Pinter. Quizá ella le ayudase a aclarar sus dudas. Mary trabajaba en la sección de supercomputadoras y debía saber algo acerca de su complejo funcionamiento.

No encontró a la joven en el vestíbulo. "Debo verla hoy mismo”, pensó. Muchas veces había tenido este mismo pensamiento, aunque por un motivo bien

distinto. Mary Pinter le gustaba cada vez más y en cierta ocasión la estuvo esperando a la puerta de un cine en el que la vio entrar en compañía de un hombre. Se proponía seguirla hasta su casa para saber dónde vivía, pero en aquella ocasión vio pasar a una rubia hermosísima y se fue tras ella, olvidándose de momento de Mary Pinter.

En esta ocasión deseaba verla para que ella le revelase alguna información sobre las nuevas supercomputadoras, sobre una posible falibilidad de las mismas. Seguía creyendo que no estaba enamorado de ninguna mujer en particular, aunque adoraba a todas en general.

*

*

*

Vio a Mary Pinter en el *self-service* de la planta baja a la hora de la comida. Almorzaba sola en un rincón, de modo que no dudó en dirigirse hacia allá con su bandeja.

—¿Puedo sentarme?

Ella asintió con la cabeza. Peter se apresuró a tomar asiento frente a la joven.

—¿Qué tal la entrevista con la "Súper"? —quiso saber Mary.

—Oh, muy bien. Sólo que no la considero una buena "Súper”.

Creo que desvaría. Está claro que aún no está perfeccionada.

Siempre pasa con los primeros modelos.

Mary le miró extrañada. A continuación se interesó por los términos exactos en que había transcurrido la entrevista. Peter le explicó detalladamente cuanto habían hablado. Estaba convencido de que la máquina no funcionaba todo lo bien que debiera, ya que él no creía estar enamorado de ninguna mujer. Lo mejor que podía hacer era volver unos días más tarde, procurando tener en ese momento la mente en blanco. Había una técnica que él conocía perfectamente, una especie de yoga que dejaba el cerebro limpio de pensamientos sensuales. Si, esto es lo que haría.

Mary Pinter le escuchó con atención y cuando él terminó su exposición de los hechos le miró a los ojos

con intensidad.

—La "Súper 4.012" no se equivoca jamás, está perfectamente comprobado —dijo con firmeza—. Si dice que una persona deter- minada está enamorada, es que está enamorada. No cabe darle vueltas.

Peter bajó la cabeza hacia el plato. Luego la levantó con viveza para clavar la mirada en los ojos de la joven.

—Está bien, me rindo —murmuró casi con rabia —. Me rindo, lo admito, lo creo. Estoy enamorado. ¡Estoy enamorado, maldita sea! ¿Pero de quién? Es lo que me gustaría saber.

—¿Y qué harás cuando lo averigües? —preguntó ella con una expresión burlona.

—No lo sé —se encogió de hombros—. Supongo que desena- morarme. Porque lo que de verdad me importa es el viaje al planeta PT-1.001. Ahora bien, no puedo hacer ese viaje si estoy enamorado.

Los altos mandatarios no lo permiten, hay unas normas muy estrictas, ya lo sabes. Una persona enamorada separada del objeto de su pasión puede ocasionar problemas en la nave y al final del viaje. Un astronauta, según ellos, debe ser algo así como un término de hielo, una especie de robot insensible. No comparto esta forma de pensar, pero tampoco puedo hacer nada por cambiarla. De modo que lo único que puedo hacer antes de que la nave levante el vuelo es desenamorarme. ¿Pero de quién debo desenamorarme, maldita sea? ¿De quién?

Mary había terminado de almorzar. Se recostó

en el cómodo

asiento neumático de confortable respaldo y encendió un cigarrillo, que desprendía un humo azul celeste, a través del cual observó con atención a su interlocutor.

—En el momento menos pensado —dijo con su

fresca y cantari-

na voz—, tu subconsciente te proporcionará el

nombre de esa mujer.

—Es lo mismo que me ha dicho la "Súper". Posee una inteligencia tan afinada que hasta es capaz de brindar soluciones. ¡El subconsciente! Aún no he aprendido a comunicarme con él. Lo que no acabo de entender es cómo esa maldita máquina ha podido averiguar que estoy enamorado mucho antes que mi yo consciente.

—Ella trabaja a nivel subconsciente —explicó Mary—. Ha podi- do leer en el tuyo como en un libro abierto.

—¡Maldito montón de hierros! —Peter golpeó la mesa con el puño cerrado, los platos bailaron—. ¿Qué puedo hacer?

—Esperar —murmuró ella, lanzándole a la cara

una suave, inefable voluta de humo azul celeste.

—¿Sabes una cosa? —dijo él, abriendo la boca para dejar que entrara en ella el aromático humo lanzado por la mujer—. Me gustaría esperar contigo.

CAPÍTULO III

Aquella misma noche, bajo un cielo estrellado, Mary Pinter y Peter Morris pasearon cogidos de la mano por las afueras de la ciudad. Ella le había dicho: "Caminemos en silencio, como dos buenos amigos, a la espera de que tu subconsciente se digne pronunciar un nombre de mujer." Pero el subconsciente de Peter no daba señales de vida, o si las daba, su voz no era en absoluto audible.

Al cabo de un buen rato de no pronunciar palabra, Peter se detuvo:

—Me parece que ya oigo un nombre... Mary Pinter.

—¿Bromeas? Esa soy yo.

—En efecto —dijo el muy serio—. Sin embargo, puedo oírlo perfectamente: Mary Pinter. No cabe la menor duda. Tú eres la mujer de quien me he enamorado.

Ella le miró fijamente, pretendiendo descubrir en sus ojos algún indicio que le demostrase la veracidad de su confesión. Comprendió que el hombre no bromeaba, aunque tal vez se hubiera precipitado en su conclusión.

—Bueno, puede que seas sincero —dijo ella—. Pero puede que sea tu subconsciente el que esté bromeando.

—Yo creo que el subconsciente nunca bromea —dijo él.

—Tienes razón. Bien, no divaguemos. Vamos a mi casa. Si es cierto lo que me dices, habrá que hacer algo.

Los dos se habían puesto muy serios. Se hallaban en una calle poco concurrida, con jardincillos muy cuidados frente a cada vivien- da. Era la zona más señorial de la vieja ciudad, la menos poblada, y no lejos de allí vivía Mary Pinter.

Poco después entraron en la casa. En la sala de estar —muebles sencillos y una gran pantalla que ocupaba casi por completo uno de los muros—, volvieron a detenerse el uno frente a la otra. Peter insistió en que era a ella a quien amaba. Mary Pinter empezó a dar muestras de una gran inquietud. Se sentó, volvió a levantarse para tomar y encender un largo cigarrillo, dejó escapar un profundo suspiro y por fin volvió a plantarse ante el hombre. Le miró de

arriba abajo como si le viera por primera vez. El resultado del rápido examen debió ser enteramente favorable, porque se tranquilizó de golpe y su semblante adquirió una expresión dulce, tranquila, con una sonrisa en los labios y una mirada aprobatoria.

En efecto, el hombre que tenía enfrente hubiera merecido una opinión igualmente favorable de casi cualquier mujer joven, al menos en lo que al aspecto físico de Peter se refería. Era alto, de anchos hombros y caderas estrechas. Musculoso, pero no dema- siado. Con un mentón prominente, ojos castaños y largo cabello de igual color.

—Está bien —dijo Mary en tono amable—. Admitamos el hecho, te has enamorado de mí. Y ahora, ¿cómo te desenamorarás? ¿Qué puedo hacer yo?

—Enamorarte a tu vez —dijo él con toda sencillez. No dejaba de mirarla, seguía todos sus movimientos con suma atención.

Ella dio unos pasos nerviosos y se plantó frente a él con los brazos en jarras.

—Pero eso no es tan fácil, apenas te conozco. Además, de lo que se trata es que te desenamores. Escucha, yo quiero ayudarte. Quiero que hagas ese viaje al maldito planeta PT-1.001. ¿Qué puedo hacer?

—Quemar etapas —dijo Peter rápidamente, como inspirado—. La nave no sale hasta dentro de mes y medio. ¿Por qué no actuamos como si nos conociésemos desde hace bastante tiempo? Y ésta podría ser la primera noche en que... Bueno, tú ya me entiendes.

—No —sacudió ella la cabeza negativamente—. No te entiendo una palabra.

—Si consumamos el acto sexual —empezó a decir el buscando intensamente las palabras adecuadas en su cerebro—, es posible que siga enamorado de ti, pero menos... No sé si me explico.

Ella cambió de expresión. Perdió la sonrisa de golpe, como si la hubiesen abofeteado. Se sentía terriblemente decepcionada por lo que acababa de oír.

—De modo que tú eres uno de esos tipos que pierde todo interés por una chica en cuanto la posee...

Peter se sintió confundido, torpe. Trató de dar marcha atrás, de dar un sentido más plausible a lo que acababa de decir. Él no era, en modo alguno, de esos tipos que dejan de interesarse por una mujer

luego de haber hecho el amor con ella. Sin embargo, siempre cabe esa posibilidad en toda relación sexual. Y puesto que ella no parecía estar enamorada de él y allí de lo que se trataba era de conseguir un objetivo muy concreto, ¿por qué no hacer el experimento? ¿Quería o no ayudarle?

Mary se dejó caer abatida en un butacón neumático. Se puso a reflexionar sobre la situación. De vez en cuando lanzaba furtivas mirada a Peter, que paseaba por la estancia a pequeños pasos, las manos a la espalda y la mente enfrascada en el problema que le atormentaba.

De pronto, Mary se incorporó de un salto.

—De acuerdo, tú ganas —dijo con firme resolución—. Hagamos el amor.

A Peter Morris le brillaron los ojos. Sin pronunciar una sola palabra se acercó a la hermosa mujer y la abrazó con fuerza, besando sus carnosos labios intensamente. Ella se dejó hacer, y sus manos, al principio ociosas y caídas a lo largo del cuerpo, acabaron posándose en la nuca del hombre.

Cuando sus bocas se separaron, ella le dijo con el aliento entrecortado:

—Que conste que lo hago en nombre de la ciencia espacial, en favor del progreso: no quiero que una de nuestras naves se quede huérfana de un astronauta tan cualificado como tú. Espero que te desenamores rápidamente.

Parecía sincera, pero Peter tenía sus dudas. Si ella

accedía a hacer el amor de manera tan precipitada e intempestiva, había que achacárselo en gran parte a sus dotes de seducción, a su evidente atractivo de hombre apuesto y viril, que tantos éxitos le deparaban entre las mujeres.

—Por supuesto —susurro él, y se dispuso a depositar un segundo beso en los tentadores labios de Mary Pinter.

Pasaron al dormitorio. Cuando ella, muy seria, con aire de estar cumpliendo un deber más penoso que placentero se desnudó. Peter Morris sintió que se le hacía un nudo en la garganta. El corazón le latía con más celeridad que en ocasiones semejantes. Pechos pequeños y firmes, caderas generosas pero no en exceso, piernas torneadas, piel satinada... “No es una mujer, es una diosa”, pensó en

su excitación. Su subconsciente ya no se le manifestaba con una vocecilla apenas audible, sino con un verdadero clamor: "¡He aquí a la mujer de quien estás enamorado! ¡La “Súper 4.012" tenía razón!

¡Es Mary Pinter, la mujer que te

quitaba el sueño!”

Aquella noche también se lo quitó, pero de forma

muy diferente.

Una vez en el lecho, los dos cuerpos se unieron estrechamente en un ardiente abrazo. Tras las primeras caricias, ella volvió a musitar: "Lo hago por la ciencia espacial, en aras del progreso”. Peter no la oía, no podía prestar la menor atención a sus palabras. Le embriagaba el aliento de ella, la incomparable dulzura de su boca, la turgencia de sus senos y hasta el perfume de sus sedosos cabellos.

La primera posesión fue para Peter un cúmulo de

delicias, un

orgasmo a cámara lenta, por así decirlo; un viaje a paraísos inimaginables, que lo dejó ligeramente extenuado. Luego, boca arriba, intentó pensar, ahondar en sus sentimientos después del coito. "Bueno, ya está. ¿Y ahora qué? ¿Me he desenamorado?"

No pudo seguir haciéndose preguntas porque ella,

tras la breve

tregua, volvía a demandar su atención, sus caricias. Y Peter Morris se olvidó de todo: de la "Súper 4.012", del planeta PT-1.001, de su subconsciente y hasta del mundo en que vivía.

*

*

*

Peter regresó a su casa al despuntar el sol. Vivía en una zona residencial de Amarillo, a unos tres kilómetros de la casa de Mary Pinter, donde tan feliz había sido aquella noche. Peter, como Mary, vivía solo en un chalet de dos plantas y jardín. Una casa y un jardín que Napoleón, su robot-mayordomo, se encargaba de mantener en perfecto estado de orden y pulcritud. Pero Napoleón —solía llamar- le Napo, que sonaba más entrañable—, no era más que un robot. Por tanto, Peter se consideraba a sí mismo como un solitario, como un incipiente solterón de treinta y dos años que de momento vivía solo.

El camino de vuelta a casa lo hizo a pie, procurando poner en orden sus pensamientos. Pero no lograba aclarar sus ideas. Le había costado un esfuerzo separarse de Mary, y lo cierto es que ya estaba deseando volver a su lado. Seguía deseándola. Sin duda, seguía enamorado de ella.

En estas condiciones no podía volver a entrevistarse con la "Súper 4.012". El amor debía dejarse en la Tierra, siempre, por sistema, irrevocablemente. La dotación de una nave debía estar compuesta de hombres y mujeres sin problemas sentimentales, fríos, disciplinados, valerosos, con toda su capacidad mental volcada en el único propósito de cumplir a la perfección con su cometido. Los hombres que dejaban la Tierra debían estar dispuestos a todo, incluso a no volver nunca más a ella.

Peter Morris no compartía este sistema, pero debía acatarlo sin reservas.

Encontró a Napoleón en el jardín, arreglando el césped con una cortadora.

—Buenos días, señor —le saludó Napo—. ¿Ha descansado bien? Eran las mismas palabras que el robot le dirigía cada mañana. Para él, era como si Peter hubiese dormido en casa. Peter le dirigió una mirada de soslayo al pasar. "Estúpido", pensó. Y al momento se dio cuenta de que semejante calificativo no era el más adecuado para un robot. Un robot no puede ser nunca estúpido, ni listo. Es, sencillamente, un robot, lo mismo que en el pasado los negros del sur de Estados Unidos no eran otra cosa que negros, por encima de cualquier otra consideración. Los robots eran un poco como los nuevos negros.

Con la única diferencia de que los robots no eran seres humanos, no tenían alma.

CAPÍTULO IV

Sin saber la causa, Peter se sentía triste. Había dormido muy poco durante la noche pasada junto a Mary Pinter, pero ahora no le apetecía irse a la cama.

Tampoco tenía intención de acudir al laboratorio donde prestaba sus servicios como biólogo. Llamaría a su superior inmediato para decirle que no se encontraba bien. Y no sería una mentira.

Tenía el propósito de dedicar la mañana a pensar, a poner en orden sus ideas. Y para ello necesitaba relajarse. Sustentaba la teoría de que una buena relajación favorece el juego de las ideas, la floración en el yo consciente de las ideas que yacen en el subconsciente. En más de una ocasión, necesitando resolver un problema cuya solución no encontraba, había recurrido al sencillo método de la relajación, obteniendo casi siempre excelentes resultados. Una práctica casi tan vieja como el mundo, y que aún seguía prestando buenos servicios en el tecnológico y burocratizado mundo en que vivía.

Por tanto, se tendió en el sofá de su despacho y cerró los ojos, procurando no pensar en nada.

Pasó media hora, una hora... pero las ideas que pudiera haber en su inconsciente no afloraban, no acudían al yo consciente. Se levantó irritado y se dirigió a la ventana, apartando el visillo para echar un vistazo al jardín.

Napoleón seguía en el jardincillo, arrastrando la

cortadora arriba

y abajo, a derecha e izquierda, con una parsimonia y una meticulo- sidad desesperantes. "Estúpido", volvió a pensar, sintiendo que le invadía un sentimiento de odio hacia el robot.

Napoleón llevaba cinco años a su servicio. Era un

robot

proporcionado por el gobierno, o sea un robot oficial.

Todos los altos

cargos de la administración tenían derecho a un robot oficial.

Algunos compañeros tenían, además del robot

oficial, otro

particular comprado de su propio peculio en alguna tienda o almacén de robots.

Los robots oficiales solían ser bien tratados. En

cambio, los

adquiridos en tiendas y almacenes solían correr una suerte bien

diversa. El propio gobierno aconsejaba a sus altos funcionarios la adquisición de un segundo robot, incluso de un tercero o más. Y esto por una razón muy sencilla: en un hogar bien pertrechado de robots, la agresividad de cualquier miembro de la familia podía descargarse impunemente contra el robot de los golpes.

Infinidad de individuos agresivos golpeaban, torturaban o disparaban sus armas contra sus robots y así evitaban hacerlo contra un ser humano de carne y hueso.

Las fábricas de robots no daban abasto. En los

cementerios de

robots, similares a los antiguos cementerios de

coches, se

amontonaba la chatarra: miembros de apariencia humana, cabezas separadas del tronco, manos crispadas, pechos acuchillados, cables retorcidos, materia plástica chamuscada... Estos cementerios de robots sobrecogían a los seres humanos más sensibles porque en ellos podía constatarse la inmensa capacidad de odio y destrucción del hombre.

Sin embargo, era evidente que los robots

prestaban un gran

servicio a la sociedad. Apenas existía la delincuencia, ni los crímenes pasionales. Una larga práctica había conseguido el milagro de que casi todo hombre, poseído en un momento dado de furia homicida, descargase su violencia contra el primer robot que hallase en su camino.

Y había muchos. A veces, incluso resultaba difícil diferenciar a un robot de un verdadero ser humano. En la principal *boutique* del robot de Amarillo se vendían robots tan logrados, que se necesitaba una buena vista y una detenida observación para

descubrir que no eran más que artefactos, réplicas supersofisticadas del ser humano.

Cada día se lanzaban al mercado nuevos modelos de robots, a cual más perfecto. Altos y bajos, entrados en carnes y entecos, calvos y melenudos, jóvenes y maduros. La principal *boutique* de Amarillo había empezado a anunciar el próximo lanzamiento al mercado de un robot capaz de llorar, o, para mayor exactitud, de verter algunas lágrimas: un modelo ideal para sádicos.

Napoleón ya se estaba quedando algo anticuado.

Sus formas y

movimientos eran perfectos, pero no resistía un examen a menos de

un metro. Se veía entonces la rigidez de sus labios al pronunciar ciertas palabras, sus ojos inexpresivos o el tono demasiado mate de

su
piel.

Sin embargo, cumplía a la perfección con todas sus obligaciones.

Peter no necesitaba cambiarlo por un último modelo. Cuanto más perfectos, más le inquietaban. Siempre que pasaba ante la *boutique* del robot volvía la cabeza hacia otra parte. Odiaba esos escaparates donde se exhibían falsos seres humanos.

Peter abrió la ventana y se llenó los pulmones de aire. Pero no se sintió mejor, ni se aclararon sus ideas.

—Buenos días, señor —exclamó Napo desde el jardín—. ¿Ha descansado bien?

Peter no contestó. "Estúpido, necio —pensó—. Ya me has dado los buenos días hace un rato. ¿Cuándo aprenderás?

Cerró la ventana de golpe y comenzó a pasear a grandes zancadas por la estancia. Estaba cada vez más nervioso e irritable. Estaba enamorado de Mary Pinter, y esto no era malo. Todo lo contrario, era muy bueno, lo mejor que podía pasarle a un ser humano. Pero también sabía que el viaje al planeta PT-1.001 lo tenía muy difícil por eso mismo. Y él siempre había soñado con un viaje así.

Volvió a abrir la ventana y a llenarse los pulmones de aire con objeto de tranquilizarse un poco. En situaciones así, siempre prefería el aire puro a las pastillas, que lo dejaban a uno como unos zorros.

—Buenos días, señor —repitió Napoleón—. ¿Ha

descansado bien?

Peter se mordió el labio inferior.

—¡Sube a mi despacho, Napoleón! ¡Ahora mismo!

Napo soltó las herramientas de trabajo y se dirigió presuroso hacia la casa. Poco después llamaba con los nudillos a la puerta del despacho.

—Adelante, Napo —contestó Peter con voz autoritaria.

El robot entró en la estancia. Vestía un ajustado traje negro de chaquetilla con solapas de brillante satén, camisa blanca y cuello de pajarita. Todo muy anticuado, otros robots vestían mucho mejor. Pero Napo tenía verdadera debilidad por los atuendos de época, que solía llevar con absoluta naturalidad y soltura.

—Ven aquí, Napo —le dijo—. Acércate.

Napo obedeció. Algo parecido a una sonrisa se dibujaba en su

mate semblante.

—¿Cuántas veces me has dado hoy los buenos días? —le espetó Peter.

—No recuerdo bien, señor.

—Lo reglamentario es sólo una vez —explicó Peter en tono desabrido—. Pero tú te pasas el día repitiendo las mismas cosas, como un disco rayado. Creo que voy a prescindir de ti. Estás viejo, gastado.

—No tengo más que cinco años y medio, señor.

—Otros van a parar al cementerio de robots con menos años —dijo Peter, sintiendo que su irritación iba en aumento. Pese a sus lógicos defectos, Napo no estaba viejo ni gastado. Cumplía todas sus tareas a la perfección como desde el primer día. Pero en aquel momento especial Peter Morris no lo veía con imparcialidad.

—Es cierto, señor —repuso el robot—. Otros compañeros acaban muy pronto en el cementerio porque son maltratados. Pero el señor no es agresivo, ni yo soy un robot de los golpes... —Y añadió con un vago aire de orgullo—: Yo soy un robot oficial.

Peter cerró el puño e hizo ademán de descargarlo contra el rostro de Napo, pero no llegó a hacerlo. Vio que el robot, en su perfecta inmovilidad, bajaba los párpados, en un gesto que se le antojó de suprema mansedumbre. Como si Napo fuera, en vez de un robot, un filósofo estoico.

Peter bajó los brazos y se quedó mirando fijamente a su robot, que aún continuaba con los ojos cerrados, las largas y tupidas pestañas contra el color mate de la piel.

—No voy a pegarte —murmuró—. Puedes abrir los ojos.

Napo obedeció. También él miró fijamente a su amo y señor.

—Puede pegarme si lo desea, señor —dijo con voz cavernosa—. Quizá después se sienta mejor.

—No creo que me sienta mejor si te pego. No eres más que un trasto. Vuelve al jardín.

Pero Napo no se movió.

—Yo no quiero que el señor me odie —dijo—. No es bueno para el perfecto equilibrio mental del señor. Le ruego que me pegue.

—¡Lo haré si no te largas de una vez, imbécil! —tronó Peter, y de nuevo alzó el puño cerrado.

Napo volvió a cerrar los ojos.

—Vete, Napo, vete o no respondo de mí.

—Le ruego que me pegue, señor —dijo el robot —. Se sentirá mucho mejor.

El puño derecho de Peter se estrelló con violencia en el mentón de Napo, que retrocedió unos pasos de resultas del fuerte impacto y se llevó las manos a la parte afectada. Pero Peter sabía que Napo no podía sentir dolor, semejante gesto era consecuencia de la programación altamente sofisticada de que estaba dotado el muñeco. Era, por así decirlo, un virtuosismo técnico.

—Bien, ya te he pegado —musitó Peter, compungido—. Ahora, haz el favor de marcharte.

—¿El señor se siente mejor? —preguntó Napo con su invariable voz cavernosa.

—Me siento estupendamente —mintió Peter.

Napo hizo una versallesca inclinación y salió de la estancia.

CAPÍTULO V

Transcurrió una semana y las cosas seguían igual, o más bien peor. Peter Morris seguía enamorado de Mary Pinter, pero ésta le rehuía, se negaba a verle. Consideraba que era lo mejor que podía hacer para provocar la decepción amorosa en Peter y su inmediato desenamoramiento. Incluso le habló a través del videoteléfono, asegurándole que lo mejor que podían hacer era no volver a verse: no quería estorbar su propósito de viajar al planeta desconocido. "Algún día me lo agradecerás —le dijo —. Procura pensar única- mente en tu carrera y en el viaje, y pronto te olvidarás de mí; creo que no hay nada más fácil que desenamorarse."

Pero Peter no lo veía tan fácil. Pasada una semana tras su encuentro con Mary, seguía pensando en ella de noche y de día. Sus puños volvieron a golpear en dos ocasiones el rostro de Napo.

El robot, cuando le veía nervioso y deprimido, solía decirle con la mayor tranquilidad del mundo que podía golpearle, incluso que debía golpearle para que así se sintiese mejor.

Pero Peter no se sentía mejor golpeando al robot.

Era poco

menos que golpear un mueble. Nunca había entendido a los que

descargaban su agresividad y sus malos humores en un robot y luego se sentían mejor. Pero Napo insistía tanto, que acababa por golpearle. Incluso llegó a pensar que su fiel robot empezaba a considerar los golpes como un juego divertido.

Peter intentó una nueva estratagema para

olvidarse de Mary.

Contaba con la amistad de numerosas amigas, con las que alguna vez, ocasionalmente, había hecho el amor o incluso sostenido un corto romance.

Echó mano de su agenda y llamó a una tal Esther.

La recordaba muy bien, era una hermosa mujer, una belleza asiática de ojos negros y rasgados que durante algún tiempo le había tenido obsesionado. Pero se encontró con que Esther pertenecía a otro hombre. Había formado una familia y, aunque le recordaba, se negó a volver a verle.

Igual le sucedió con Norma, una pelirroja sensual,

y con Zelda, una mulata de cuerpo espléndido.

Arrojó su agenda de amistades femeninas por la ventana y se sumió en un estado cercano a la desesperación. Muchos días no acudía a su trabajo. Se pasaba las horas tumbado en un sofá o ante la pantalla de su videorama viendo documentales sobre la vida en lejanos planetas colonizados por el hombre, con el exclusivo objeto de reafirmarse en su propósito de hacer el largo viaje al planeta PT-1.001. "Esto es lo único que me importa —se decía—. Debes olvidarte de las mujeres, debes olvidar para siempre a Mary Pinter." Pero no era tan fácil. Pasaban los días, y seguía pensando en ella.

Se daba perfecta cuenta de que estaba atrapado en las redes del amor. Y en semejante estado no podía entrevistarse de nuevo con la Supercomputadora 4.012. Ya le parecía estar oyendo el inapelable juicio de la antipática "señorita" súper: "Estás enamorado."

Una noche, en que medía su despacho a grandes zancadas, oyó unos leves golpes en la puerta.

—Adelante —dijo.

Era Napo. Entró y cerró la puerta suavemente.

—He oído sus pasos y me dije: "Mi amo me necesita", y aquí estoy —manifestó, avanzando hacia Peter.

—Pues no —murmuró el joven—. No te necesito. ¿Por qué no te metes en tus asuntos? Deberías estar durmiendo.

—El señor sabe que los robots no dormimos —puntualizó Napo—. Sólo descansamos. Nos desconectamos, para ser más exactos.

—Es verdad, lo había olvidado. De cualquier modo, no te necesito. Vete.

Napo no se movió.

—¿El señor no desea golpearme?

—No, el señor no desea golpearte —masculló Peter—. El señor quiere que le dejes en paz. Vamos, largo —señaló la puerta—. ¡Piérdete, desconéctate!

Pero Napo no se movió, y Peter sintió que aumentaba dentro de él la exasperación.

—He dicho que te marches —ordenó en tono amenazador.

—No podré irme mientras el señor no me golpee —dijo Napo con su voz cavernosa—. El señor necesita tranquilizarse, sólo así podrá descansar.

Peter le miró fijamente No sabía si emprenderla a golpes con

Napo o echarse a llorar. Aquella mansedumbre le desarmaba.

—Escucha, Napo —masculló resignado—.

Empiezo a cansarme
de los golpes. Sencillamente, no me apetece partirte la cara. En primer lugar, porque no sientes ningún dolor, ninguna humillación. En segundo, porque eres un robot oficial. Otra cosa seria si fueses un robot de mi exclusiva propiedad.

—Pero incluso los robots oficiales estamos

obligados a
sacrificarnos por el bienestar de nuestros amos —arguyó Napo, con una leve sonrisa—. Además, nadie se va a enterar. Yo no pienso decir a nadie que el señor me golpea. Hágalo, pues.

—No —tronó Peter—. No me apetece golpearte.

Vete, te lo orde-

no.

—Se lo ruego, señor. Un puñetazo, sólo uno.

Peter le miró de hito en hito. La insistencia de Napo empezaba a hacérsele sospechosa.

—¿A qué viene tanto empeño en que te golpee? —susurró, agarrándole por las solapas de su traje de época—. ¿Acaso eres masoquista?

—No sé qué significa esa palabra, señor —confesó Napo, imperturbable—. Sólo sé que no puedo verle sufrir. Nosotros los robots estamos programados para hacer frente a los desequilibrios de nuestros amos. Si ellos sufren, nosotros también sufrimos. En el fondo, somos como perros fieles.

—No hables de sufrir —le espetó Peter con desprecio—. Tú no eres más que un artefacto, un montón de chatarra... Un perro vale infinitamente más que tú.

—Tal vez —repuso Napo—. Pero algún día, en alguna parte, un robot como yo soltará una lágrima. Y esa lágrima no será producto de un hábil mecanismo, no será una lágrima falsa, sino verdadera...

Peter le miró estupefacto. Aún lo tenía agarrado por las solapas.

Lo atrajo hacia si para mirarle de cerca los ojos. No

vio nada, ni un alarde de inteligencia, ni siquiera el característico brillo acuoso de los ojos humanos. Sólo unas pupilas sin contenido, una mirada inexpresiva y fría, como corresponde a un robot.

Le apartó de si con disgusto de un violento empellón.

—Vete, maldito robot —musitó aturdido—. Vete, o no respondo de mí.

—El señor debe golpearme —exclamó Napo tercamente—. Permítame sugerirle un directo a la mandíbula, un gancho de izquierda y acaso... acaso también le sentaría bien un buen rodillazo en mi bajo vientre.

Peter, completamente ofuscado y sin saber lo que hacía, avanzó hacia el robot y comenzó a golpearle en el rostro con ambos puños: una serie de golpes demoledores que hicieron retroceder a Napo. Peter remató la serie con un terrible rodillazo al bajo vientre, tal como le había pedido.

El robot había demostrado con anterioridad que era un buen encajador, pero en esta ocasión el castigo fue excesivamente duro y contundente. De resultas del rodillazo, se dobló como fulminado y quedó tendido en el pavimento, hecho un ovillo. Una especie de estertor se escapaba por su boca entreabierta.

Sólo entonces se dio cuenta Peter de lo absurdo de su acción. Inclinándose sobre el robot, le preguntó cómo se encontraba.

—Bien, muy bien —contestó Napo con un hilo de voz—. ¿Y el señor? ¿Se encuentra ahora mucho mejor?

—Si, gracias, mucho mejor —contestó Peter avergonzado.

Ayudó a levantarse a su fiel robot, que comenzó a sacudirse la ropa.

—Bien, ya hice lo que me pedias —dijo Peter,

bajando la cabeza.

No se atrevía a mirar a Napo—. Ya puedes marcharte.

Oyó la voz de su fiel servidor antes de salir:

—Me alegro de que el señor se encuentre mejor…

El último golpe

ha sido formidable, ¿sabe? Por un momento creí que me había roto algo, pero no… Sólo quedé desconectado durante un par de segundos. Bueno, bueno de verdad ese rodillazo. Gracias, señor. Que descanse.

Pero Peter Morris estaba muy lejos de poder

descansar después

de lo sucedido. A sus preocupaciones venía a sumarse el remor- dimiento que le ocasionaba su brutal ataque al buen Napo.

No volvió a pasearse aquella noche como fiera enjaulada pero se dejó caer en el sofá para preguntarse abatido qué le estaba sucediendo. Él nunca había sido violento. ¿Por qué le irritaba tanto la presencia de un simple robot?

Pero había algo más que empezaba a preocuparle.

Durante un

buen rato estuvo pensando en las palabras de Napo: "Algún día, en alguna parte, un robot como yo soltará una lágrima. Y esa lágrima no será producto de un hábil mecanismo: no será una lágrima falsa, sino verdadera."

Sin duda se trataba de una bravata por parte de Napo, Una bravata programada, sin duda, por lo mismo que había robots mal hablados y brillantes oradores. Un robot sería siempre un robot, y nunca podría derramar una sola lágrima verdadera.

Sin embargo, no lograba despejar del todo sus dudas a este respecto. Los robots eran cada vez más perfectos, y en el futuro todo podía esperarse de ellos.

Todo, excepto una actitud violenta. Esta era patrimonio exclusivo del género humano.

CAPÍTULO VI

Mary Pinter también estaba pasando por un mal momento. Por más que lo intentaba, no lograba olvidarse por completo de Peter Morris. Le había gustado desde el primer momento, pero una y otra vez se decía que lo mejor para los dos era no volver a verse. Peter deseaba realizar el viaje al planeta PT-1.001 más que ninguna otra cosa, de eso estaba segura.

Y ella no quería problemas de conciencia. No quería que, en un momento dado, el pudiera decirle que había perdido el viaje por
culpa suya. Sabía muy bien por propia experiencia que el amor no es eterno. Además, ella poseía una mente lógica. No deseaba unirse para siempre a un hombre cuya vocación parecía ser el espacio. Sin duda Peter Morris era un astronauta nato, un hombre que estaba siempre pensando en viajes. Mejor alguien más apegado a la Tierra.

Peter insistía en volver a verla, en volver a hacer el amor. Incluso había ido en su busca a la planta de las supercomunicadoras, donde ella prestaba sus servicios. Pero siempre le decía que no insistiese, que había otro hombre en su vida.

Y era cierto: había un tal Desmond Murray, un

técnico en

computadoras. Un genio, un verdadero hijo de la ingeniería genética, predestinado desde su nacimiento a poseer una mente lúcida y altamente científica.

Precisamente aquella noche le había invitado

Mary a su casa

para celebrar su veinticinco cumpleaños, aunque lo

cierto es que ella

no se encontraba del mejor ánimo. Le parecía haber cumplido ya los cincuenta, tan deprimida se encontraba.

Por la mañana había recibido una nueva visita de Peter, quien no parecía cejar en su empeño de tener un nuevo contacto sexual con ella, "Esta noche —le dijo él—. Ha de ser esta noche. De lo contrario, haré una barbaridad. Me tienes embrujado." "Imposible —fue su respuesta—. Esta noche espero la visita de Desmond Murray”.

Peter se había ido sin añadir palabra, con una expresión sombría que alarmó a Mary. “Este loco es capaz de cualquier cosa. Francamente, me da miedo”. Pensó. Y ahora, llegada la noche, no podía por menos de seguir pensando en Peter Morris. Por una parte

le daba miedo, temía su fogosidad, el ardor de su pasión, que no parecía amainar con el paso de los días y con sus constantes rechazos, sino todo lo contrario.

Por fin llegó Desmond Murray. Era un tipo alto y delgado, con
sus hombros puntiagudos y sus pantalones ligeros y ajustados de
fibra plateada. Lucia al cuello un *pendentif* de plata vieja y un collar de perlas de cinco vueltas, objetos que solían utilizar algunos hombres en las fiestas mundanas y en algunas recepciones.

Mary estaba deslumbrante, con su gran escote y una faldita
ajustada que dejaba ver sus piernas maravillosamente torneadas.

—Hola, querida —saludó el genio, depositando un suave y decoroso beso en la mejilla de la muchacha—. Feliz cumpleaños.

—Gracias —repuso ella con una sonrisa de circunstancias. Pasaron al comedor, donde ya estaban dispuestos dos cubiertos.
Mary encendió las velas. Los alimentos aún se estaban haciendo en
la cocina automática por lo que Mary hubo de salir un momento, no sin antes rogar a su amigo que se pusiese cómodo y se sirviese una copa.

Pero Desmond Murray no bebía: calculaba. Su mente efectuaba
en todo momento un riguroso y saludable control de todos sus
actos. Sabía lo que le resultaba bueno o perjudicial en toda circunstancia.

De modo que se sentó en un butacón y esperó. Durante el tiempo que estuvo Mary en la cocina, aproximadamente cinco minutos, Desmond Murray, el genio, permaneció perfectamente inmóvil con las manos abandonadas en los brazos del butacón, los ojos cerrados y las facciones en perfecta calma. Parecía una estatua, o más bien un robot desconectado.

La economía era su pasión: no despilfarrar ni un átomo de energía, no hacer más movimientos de los necesarios, no hacer un uso inmoderado de la preciosa energía nerviosa...

Por eso, cuando Mary regreso cinco minutos después y lo encontró en aquella actitud, no se alarmó. Pensó que tal vez se había dormido, como en tantas otras ocasiones.

Desmond era un buen amigo y un excelente consejero. En más de una ocasión le había propuesto unirse a él para formar una familia sólida y brillante con hijos bien dotados y superinteligentes.

Ella le contestaba siempre que lo pensaría, lo cual causaba una excelente impresión en Desmond, hombre que sólo apreciaba a las personas que pensaban y meditaban bien sus actos,

Mary carraspeó suavemente y Desmond, el genio, se despertó felicitándose sin duda por haber empleado la corta espera en un descanso reparador.

Después de la cena tomaron asiento frente al videorama. Mary puso una cinta que no era precisamente del gusto de Desmond. Se trataba de un documental sobre la vida en un lejano planeta colonizado por el hombre. A Desmond no le atraía el espacio de una manera especial. "Hay otros mundos, pero están en este", solía decir utilizando una conocida frase de siglos pasados.

Su mundo eran los robots. Era un enamorado de los robots, de las enormes posibilidades que existían en este campo. Soñaba con un mundo atiborrado de robots. Soñaba con el robot total: un artilugio hecho a imagen y semejanza del hombre. Incluso mejor que el hombre: más perfecto, sin vicios, sin agresividad, sin fallos. Una especie de ángel mecánico y eficiente.

Y estaba plenamente convencido de que ese artilugio llegaría a fabricarse. Y entonces el hombre de carne y hueso, el *Homo Sapiens*, no tendría más remedio que mirarse en tal invento para procurar parecérsele.

Su sueño era desmedido, ambicioso, irrealizable en teoría. Pero él era un genio y confiaba plenamente

en sus propias fuerzas. Había otros genios que pensaban como él, genios que trabajaban por el bien de la humanidad...

Mary estaba sentada junto a él resplandeciente de belleza, pero Desmond no parecía prestar atención a sus encantos.

—¿Qué te parece mi nuevo peinado? —le preguntó ella de pronto, impaciente.

Desmond le dirigió una rápida mirada.

—Oh, te sienta admirablemente —dijo en tono frío, y continuó mirando la pantalla—. Estás bellísima.

—Entonces. ¿Por qué no me besas? —propuso ella de modo impulsivo.

El genio la miró con una mezcla de incomprensión y estupor, como si Mary hubiese dicho un despropósito. Reflexionó y su gente

le dictó en una décima de segundo lo que debía hacer: "Bésala, pero sin fruición. Un beso aséptico. No debes excitarte sexualmente, no lo tenías previsto."

La besó cuidadosa, ligeramente. Un beso sin pasión que a Mary se le antojó más robotiano que otra cosa.

*

*

*

Peter daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Se había acostado antes de la hora habitual, un poco para tratar de olvidarse de todo y otro poco para huir de Napo, quien se había pasado la tarde persiguiéndole, atosigándole con sus constantes ofrecimientos para que, una vez más, la emprendiese a golpes con él.

"Este cretino parece haberle tomado gusto a los golpes —pensa- ba Peter, desconcertado—. De seguir así, tendré que desembara- zarme de él."

Por fin abandonó la cama impulsivamente y se dio una ducha. Se sintió mejor, pero no tenía intención de volver al lecho. Decidió darse una vuelta por las semidesiertas calles.

Afortunadamente, Napo no le salió al encuentro cuando bajó al vestíbulo. Sin duda se encontraba ya en su habitación, semidesconectado o desconectado del todo.

Hacia una noche excelente. Las estrellas brillaban en el cielo.

Una nave comercial cruzaba en aquel instante el cielo

de Amarillo
en silencio y como una exhalación, procedente sin duda de algún lejano planeta.

Dejó escapar un profundo suspiro. Estaba enamorado de Mary Pinter, pero también lo estaba de la aventura de los viajes interplanetarios, de las naves siderales y de todo lo que ello comportaba.

"Tengo que hacer algo, no puedo seguir así —

pensó—. Voy a
quedarme sin esa mujer, y también sin el viaje a PT-1.001. Qué desastre..."

Echó a andar lentamente, sin rumbo fijo.

La mayoría de las casas estaban en silencio, con las luces apagadas. Como la noche era buena, había muchas ventanas

abiertas. En un jardincillo profusamente iluminado, dos hombres jugaban una partida de ajedrez.

—Jaque mate —dijo uno de ellos en tono frío y cavernoso, por lo que Peter conoció que se trataba de un robot. Probablemente, el robot de los goles.

—Eres un cerdo —dijo el otro.

—Sí, señor —repuso el vencedor de la partida.

—Si vuelves a hacerme trampa, te romperé las narizotas —gruñó el perdedor.

—El señor sabe que no puedo hacerle trampas —contestó el robot tranquilamente—. No estoy programado para ninguna clase de juego sucio.

Peter apretó el paso, no quería asistir al desenlace de la cuestión. Prosiguió su camino con la cabeza baja, sumido en sus tristes reflexiones. Caminó durante un buen rato, y de pronto se detuvo. Inconscientemente, había abandonado su calle hasta alcanzar otra que no le resultaba desconocida. En efecto, descubrió en seguida que se hallaba a pocos metros de la casa donde vivía Mary Pinter.

Un impulso inconsciente pero irrefrenable lo había llevado hasta allí. Y entonces comprendió que no podría regresar sobre sus pasos sin tratar antes de ver, una vez más, a Mary Pinter.

CAPÍTULO VII

Peter vio luz en una de las ventanas del piso bajo. Pensó que Mary aún no se había acostado, y luego, de pronto, recordó que ella le había dicho aquella misma mañana que esperaba la visita de un tal Desmond Murray, al que Peter conocía de oídas: un inventor de robots, un verdadero genio con numerosas distinciones oficiales en su haber y abundantes primeros premios y medallas, a lo largo de su carrera.

Sin pensárselo dos veces, cruzó el jardín y alcanzó la puerta.

Estaba abierta. Atravesó el *living* y se detuvo un instante ante la puerta corredera al otro lado de la cual probablemente se encontraba Mary.

La abrió con decisión. Mary y su amigo estaban sentados el uno junto a la otra frente a la pantalla del videorama. Ella volvió la cabeza sorprendida.

—Buenas noches —saludó Peter con acento torvo—. Y perdón por la intromisión —avanzó hasta interponerse entre la pantalla y la sorprendida pareja—. Necesito hablar contigo, Mary Pinter.

Ella se levantó lentamente con un semblante entre severo y medroso.

—¡Peter! —acertó a pronunciar—. ¿Cómo has... entrado?

—La puerta estaba abierta.

—Pero has podido llamar.

—Lo que tengo que decirte no admite demora.

—Ahora no puedo, compréndelo —su voz se hizo casi supli- cante—. Estoy... estoy con Desmond y... ¿Por qué no esperas a mañana? Llámame mañana, ¿eh?

—Ha de ser ahora —insistió Peter.

Se suscitó a continuación un tira y afloja en el que Peter no daba su brazo a torcer. Debía hablar con ella de inmediato.

A todo esto, Desmond Murray permanecía impasible, como si la disputa no fuera con él. Permanecía correctamente sentado, tieso, impasible. No se movía un solo músculo de su cara. De vez en cuando miraba negligentemente a los dos jóvenes sin la menor muestra de impaciencia.

Repentinamente, Peter, exasperado por la creciente oposición que encontraba en Mary a dialogar sobre el asunto que le interesaba, se volvió hacia el genio.

—Si usted colabora un poco, *mister* Murray —le dijo en tono rudo—, tal vez se arreglen las cosas. Le agradecería mucho que se fuese y nos dejase solos.

Desmond Murray no pestañeó. Se limitó a mirar a Peter. Mary, por su parte, enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Cómo te atreves, Peter? —balbuceó—. ¡Es mi invitado, y no se irá mientras yo no lo diga!

Desmond Murray se llevó una mano al collar de perlas y las acarició suavemente, sin dejar de mirar a Peter, quien había pasado a una ofensiva tan decidida como violenta.

—Ya me ha oído, *mister* Murray —gritó—. ¡Lárguese! —le señaló la puerta con un índice rígido—. ¡Lárguese si no quiere que lo eche a patadas!

Desmond Murray se levantó con una parsimonia que nada bue-

no presagiaba. Su mano derecha —blanca, delicada, casi femenina—, seguía acariciando el collar de perlas.

Se encaró con Peter, le miró a los ojos fijamente mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa amistosa, cordial.

—Cálmese, amigo —murmuró—. Sea razonable, procure controlarse. Es muy fácil, basta proponérselo. No me iré si Mary no me lo ordena.

—¡Se lo ordeno yo! —tronó Peter, fuera de sí—. ¡Ahora, inmediatamente!

Levantó un puño y lo echó hacia atrás, dispuesto a dejarlo caer sobre el impasible rostro del genio. Pero no conocía a Desmond Murray, diseñador, inventor, creador de robots. Poseía exactamente el mismo espíritu que solía inculcar a sus sofisticados muñecos: imperturbabilidad, tolerancia, un aguante sin límites.

—Puede golpearme, si eso le hace sentirse mejor —dijo calmosamente—. No voy a defenderme.

—Váyase o no respondo de mí —masculló Peter, aún con el puño levantado—. Lárguese, cretino.

—No me iré mientras Mary no lo ordene. ¿Por qué no me golpea de una vez? Permítame sugerirle un directo a la mandíbula, un

gancho de izquierda y... si con eso no tiene bastante, un rodillazo en mi bajo vientre.

Peter abrió el puño que mantenía en alto y dejó caer el brazo. Miro consternado a Desmond Murray. Le parecía estar frente a un robot. Napo, su fiel servidor, había pronunciado esas mismas palabras no hacía mucho.

—No voy a pegarle —susurro—. Pero si quiero decirle algo: tiene usted más de robot que de hombre. ¡Es usted un pelele!

Desmond Murray le miró con bondadoso semblante.

—Estoy orgulloso de parecerme a los robots —dijo—. Yo amo a los robots. Hace algunos siglos, un eximio filósofo alemán aseguro que si no existiesen los perros, él no querría vivir. Yo puedo decir lo mismo de los robots, porque son los mejores amigos del hombre.

Mary intervino interponiéndose entre los dos jóvenes.

—Está bien, tengamos la fiesta en paz —dijo en tono conciliador. Y dirigiéndose a Desmond—: Será mejor que te vayas, querido. Mañana volveremos a vernos, ¿quieres? Hablaré con Peter y aclararemos este asunto de una vez por todas.

El genio asintió. Ya en la puerta, se volvió para dirigirse a Peter.

—Hasta siempre, amigo Peter. Y recuerde esto: el robot es el mejor amigo

del
hombre.

Peter no contesto. Se limitó a mirarle con notorio desprecio.

*

*

*

Cuando Peter se encontró a solas con Mary, cambió de expresión. Del hombre excitado y colérico de momentos antes ya no quedaba nada. Ahora parecía apaciguado, tranquilo, como si realmente hubiese descargado toda su agresividad.

—Yo en tu lugar me sentiría avergonzado —le dijo Mary con enojoso desdén—. Has maltratado a mi amigo y eso no te lo perdonaré. ¿Con qué derecho?

—Ha sido como maltratar a un robot —protestó Peter—. ¿Pero no te das cuenta? Estos genios, estos creadores de maquinitas jugadoras de ajedrez y otras gracias, padecen una deformación profesional que les es muy característica. Conozco a varios... Son pacientes, indulgentes y sumisos como los robots que fabrican. Y

aprovechan la menor ocasión para ejercer de robots, como tu amigo. Seguro que lamenta que no le haya golpeado.

—No seas cruel. Desmond es un gran hombre.

—Enamorado de los robots.

—¿Y tú? ¿No estás enamorado de tu profesión?

¿No se te van los ojos cuando ves una nave en el cielo?

—La nave más bonita que he visto en mi vida son

tus labios —dijo él cambiando repentinamente de tono y de conversación. La atrajo hacia sí y la besó con un ardor desesperado, de hombre sexualmente hambriento. Ella forcejeó al principio, intentó desasirse golpeando con los puños cerrados los fuertes hombros de Peter; pero al fin se rindió, abandonándose a la furia posesiva del joven biológico. Enroscó los brazos a la cintura de Peter y le dejó hacer. Durante un rato permanecieron estrechamente abrazados gozando de un beso interminable.

Cuando él echó la cabeza hacia atrás, la mujer, aún con los ojos cerrados, respiró ansiosamente.

—Eres un bruto —susurró cuando hubo recuperado el resuello—. ¿Por qué me haces esto?

—Porque te quiero y te deseo.

—Si sigues así no podrás viajar a PT-1.001. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta. Ahora comprendo lo mucho que

te necesito. La "Súper" tiene razón. Estoy enamorado. Y me importa un bledo ese viaje, te aseguro. Ven, amor mío... Hagamos juntos el mejor viaje que le es dado hacer al ser humano...

Ella se dejó conducir, en aquel momento carecía de la voluntad necesaria para oponerse a la irresistible determinación del hombre.

Una vez en la alcoba, Peter comenzó a despojar a la mujer de su vestimenta. Sin prisa, con una delectación y una meticulosidad que excitaban por momentos a Mary.

Y cada vez que caía una prenda al suelo, Peter acariciaba y besaba la zona anatómica que quedaba al descubierto: los suaves y turgentes pechitos, el mórbido vientre, los muslos de carne firme y perfumada...

Peter creyó por un momento que iba a morir de

placer. Nunca

había conocido ni poseído a una mujer que pudiera comparársele. Explorar aquel cuerpo de diosa resultaba infinitamente más

gratificante que explorar un planeta desconocido.

Mary Pinter creía estar soñando. Consumado el acto sexual, se dijo: "Ha sido mejor que la primera vez." En efecto, Peter parecía dominado en esta ocasión de una pasión inagotable y ardentísima, no obstante lo cual se comportaba con una delicadeza que siempre era de agradecer. Verdaderamente, sólo un hombre enamorado podía poseer a su amante con tal delicadeza.

—Yo también te quiero —le susurro ella al oído, estrechándose más fuertemente contra su cuerpo.

El no dijo nada, no contestó. En la oscuridad del cuarto tuvo la impresión de recibir en su cerebro un rayo de luz. Ese mismo rayo que había estado buscando en vano durante los últimos días. Se sintió el hombre más feliz de la Tierra.

—¿No me dices nada? —le preguntó ella—. ¿Acaso no te importa que te quiera, que yo también me haya enamorado de ti?

—¿Cómo no va a importarme? —contestó él con voz baja y gozosa—. Por fin se han disipado todas mis dudas. Ahora sé lo que quiero: quedarme en tierra contigo.

—¿Lo dices en serio?

—¡Claro! Jamás hablé con igual convicción. Nunca creí que se pudiera ser tan feliz como yo lo soy ahora.

Durante un largo momento guardaron silencio. De súbito, la mujer dijo algo que puso en

guardia a Peter.

—Pobre Desmond. Sinceramente, he conocido a pocos hombres tan buenos como él. Creo que sería un excelente esposo y compañero. La mujer que comparta su vida será muy dichosa, no me cabe la menor duda a este respecto.

—¿Por qué diablos lo recuerdas en este momento? —protestó él—. Para serte sincero, creo que ese tipo es incapaz de hacer feliz a una mujer. Tiene la mente llena de robots.

—Mejor de robots que no de mujeres y más mujeres, como alguien que yo conozco —murmuro Mary.

—Si lo dices por mí, te puedo asegurar que solo pienso en una sola mujer, que eres tú.

—Bien, eso está por ver. Tiempo al tiempo.

Nuevo silencio. Y una vez más la voz suave y acariciadora de Mary evocando al genio.

—Lo que me ha dejado de veras sorprendida es su absoluta pasividad ante tu violencia. Francamente, me entran escalofríos cuando lo recuerdo. Creo que tienes razón, que se ha ido lamentando que no le pegaras. Parece increíble. En cualquier caso, de una cosa estoy segura: no es mi tipo.

—Me alegro de oírte decir eso —suspiró Peter—. Si quieres que te sea sincero, me sentía terriblemente celoso.

CAPÍTULO VIII

Peter recibió al día siguiente una urgente comunicación del Departamento de Evaluación para los Asuntos del Espacio. Debía presentarse en dicho departamento, ya que las normas para reclutar los miembros destinados a componer la dotación de la nave que iba a partir rumbo a PT-1.001 habían sido modificadas sustancialmente.

En dicho departamento se le comunicó que, a la vista del informe emitido por la Supercomputadora 4.012, su solicitud había sido aceptada sin ninguna clase de reservas. Debía prepararse, pues, para la inminente partida.

Peter, sorprendido, expresó su opinión de que

debía tratarse de

un error por parte de la "Súper" o quizá del Departamento de

Evaluación, ya que él seguía

estando enamorado.

Recalcó esta palabra: enamorado. Profundamente

enamorado.

Los miembros del Departamento de Evaluación que le atendie- ron —tres hombres y tres mujeres—, sonrieron con suficiencia, manifestándole a continuación que el hecho de estar enamorado favorecía su inclusión en la dotación de la nave, incluso obraba como factor decisivo.

Según ellos, el planeta PT-1.001 estaba demasiado lejos como para poder predecir desde la Tierra todas las contingencias que pudieran sobrevenir al término del largo viaje. Era un mundo desconocido, al que era preciso enviar un rico muestrario de la condición humana: seres humanos

de la más varia condición. Decididos y prudentes, atletas e intelectuales, fríos y apasionados, enamorados e indiferentes a los placeres sensuales...

Todos ellos se iban a encontrar en un mundo nuevo, quizá hostil, en el que todos los recursos disponibles podían ser necesarios.

Y el, Peter Morris, como hombre enamorado y

sensual que era,

debía aportar su valioso concurso. Naturalmente, podía llevar consigo a la mujer objeto de su pasión. Es más, debía llevarla. No era una orden, puesto que había que contar con la otra parte, pero sí una sugerencia digna de tenerse en cuenta.

—No sé si ella querrá acompañarme —objeto

Peter.

—En ese caso, procure convencerla —le dijeron.

Sabía lo que eso significaba. Si ella no se dejaba convencer por él, el Departamento de Evaluación lograría convencerla por medios más contundentes. Los intereses estatales estaban por encima de los individuales.

También le preguntaron si tenía robot. Contestó afirmativamente.

—¿Es un robot oficial? —le pregunto un funcionario.

—En efecto, es oficial.

—¿No tiene uno particular? Quiero decir, ¿no dispone usted de eso que se llama un robot de los golpes?

—No.

El funcionario reflexiono durante un instante. Luego mirando fijamente a Peter, le espetó:

—Le ruego que sea sincero, *mister* Morris. ¿Golpea a su robot oficial alguna vez?

—Muy rara vez —confesó Peter—. La verdad, no suelo golpearle. No me gusta. No soy agresivo.

El funcionario consultó en voz baja con sus compañeros. Dijo:

—Está bien, puede llevarle consigo. Oficial o no,

es un robot. Y

hay hombres que no pueden prescindir de su robot así como así. Es

como una droga. Y ya sabe usted lo difícil que es prescindir de una droga determinada... Pasaba antiguamente con el automóvil. Ahora el vicio nacional se llama robot. En un planeta desconocido, hasta un robot puede prestar buenos servicios. Llévelo consigo, pues.

Cuando Peter regresó a su casa no sabía qué

pensar. No sabía si

debía felicitarse por haber alcanzado el objetivo de viajar al planeta PT-1.001 o lamentarse por ello. Ya se había hecho a la idea de quedarse en tierra saboreando la felicidad de ser correspondido en su afecto por Mary.

Su mente volvía a ser un torbellino de

pensamientos encon-

trados. ¿Cuál sería la reacción de Mary? A lo peor ella no tenía el menor interés en hacer tan largo y arriesgado viaje. Aunque, si verdaderamente le quería, lo más lógico era suponer que estuviese dispuesta a seguirle.

En cualquier caso, no las tenía todas consigo.

Napo, como todas las mañanas, se encontraba en el jardincillo cuidando las flores y plantas. Abrió la ventana y le llamó.

El robot acudió presuroso.

Peter, sentado tras la mesa de su despacho, le miró de arriba abajo. Napoleón presentaba un aspecto impecable, como siempre. Esta circunstancia no dejaba de sorprender a Peter. La mayor parte de los robots eran muy descuidados en su vestimenta, y sus dueños debían recordarles continuamente que la higiene es requisito indispensable para una buena apariencia. Napo parecía ser una de las raras excepciones de esta conducta robotiana, aún no resuelta por los diseñadores e inventores de robots. Con su camisa blanca, su cuello de pajarita y la impecable raya de los pantalones, más parecía un elegante de tiempos pasados que un moderno robot.

—Napo, voy a darte una buena noticia —empezó Peter—. Vendrás conmigo a PT-1.001. ¿Qué me dices?

—Gracias, señor —contestó Napo con su habitual tono cavernoso y su expresión inmutable.

—¿No te alegras?

—Sí, señor. Me alegro —palmoteó torpemente, al tiempo que su boca se curvaba en un simulacro de sonrisa que recordaba la mueca de una máscara—. Me alegro enormemente, señor.

Peter se sintió magnánimo, generoso. Por un momento se olvidó de que se hallaba ante un artefacto animado. Tomó

un cigarro habano de su tabaquera y ofreció otro a Napo.

—Gracias, señor —dijo el robot, tomando un cigarro de la caja. Le dio vueltas entre sus manos, mientras lo contemplaba con una mirada que pudiera catalogarse de perpleja.

—Es un cigarro —le dijo Peter—. ¿No sabes fumar? Anda, llévatelo a la boca.

Napo obedeció. Se llevó un cigarro a la boca, pero con tanta torpeza que se le cayó en seguida, antes de que el joven intentara encendérselo.

—Lo siento, señor —se excusó Napo—. Creo que no estoy programado para fumar.

*

*

*

Mary Pinter le miró asombrada cuando él le comunicó la noticia.

—Me gustaría acompañarte —dijo ella cuando la hubo convenci-

do de que no se trataba de una broma por su parte—. No sé lo que voy a hacer sin ti.

Esta era exactamente la clase de respuesta que esperaba Peter. Sin poder ocultar su entusiasmo, añadió:

—Pues bien, puedes venir conmigo. El Departamento de Evaluación quiere que no nos separemos.

Estaban en el jardincillo de la casa de Peter, disfrutando de una plácida tarde de domingo, sentados ante un velador y frente a sendas tazas de té.

—También vendrá mi robot —anunció Peter, esta vez sin el menor entusiasmo—. Ellos opinan que puede sernos útil.

—¿Y qué puede hacer un robot en una nave espacial? Quiero decir un robot como el tuyo, tan doméstico, tan de andar por casa.

—No sé. Supongo que se auto desconectará. Quizá pueda ser de alguna utilidad después, cuando lleguemos a nuestro destino. Al fin y al cabo, un robot es un instrumento de trabajo, válido para múltiples usos.

—Me cuesta trabajo pensar en Napo como en un instrumento de trabajo —objeto ella—. Hay algo en el que me sorprende, algo que no he visto en otros de su especie. Es muy pulcro, y por momentos me parece descubrir en él un cierto aire... ¿cómo te diría? Un aire de sapiencia casi humana.

Peter soltó una franca carcajada. Algunos amigos que habían estado en su casa eran de parecida

opinión. Tras echar un vistazo a Napo, también lo habían elogiado calurosamente: no solo era pulcro y atildado, sino que su voz tenía a veces, dentro de su monotonía, una riqueza de matices que no eran fáciles de percibir en otros robots.

Y por si esto fuera poco, también creían descubrir en sus ojos, observándole con atención, un conato de inteligencia, una chispa apenas perceptible de vida interior.

Pero Peter se reía siempre de sus amigos, asegurándoles que Napo no tenía nada de eso. Era, simplemente, un robot casi perfecto, sólida y meticulosamente construido, una rara pieza artesanal. Solía suceder que los fabricantes de estos artefactos se esmerasen con un robot determinado más que con otros de la misma serie o características.

Sin embargo, insistía Peter, Napo no tenía nada de extraordinario. Bastaba levantarle la pernera derecha del pantalón para ver, impresa en su muslo, la marca de fábrica y el *Made in USA* de rigor, lo que bastaba para disipar cualquier duda que pudiera suscitarse acerca de su verdadera naturaleza. No era un criado de carne y hueso disfrazado de robot, sino un verdadero robot, una simple máquina.

—Te confesare algo —dijo él poniéndose repentinamente serio—. A la menor ocasión pienso deshacerme de él. No me gustan los robots, nunca me han gustado. Y esa ocasión puede que se presente cuando estemos allá arriba, en el espacio. Pobre Napo, vagara eternamente...

Mary le miró escandalizada.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio. Voy a deshacerme de él.

—Será como un asesinato —protestó Mary en voz baja y mirando hacia la casa, como temiendo que Napo pudiera oírles.

—No, no —arguyó Peter—. Será la exteriorización de mi repulsa hacia un estado de cosas que va de mal en peor. Padecemos una inflación de robots. En la calle, ya va resultando difícil distinguir un robot de una persona, es preciso acercarse mucho para averiguar quién es quién. Y cada vez son más perfectos. Francamente, me da miedo. Yo creo que...

Se interrumpió al ver a Napo saliendo de la casa y dirigiéndose hacia ellos.

—¿Quieren más té, señor? preguntó solicito.

—No —contestó Peter en tono seco—. ¿Por qué vienes? No se te ha llamado.

—Perdón, señor. Me pareció oír mi nombre.

CAPÍTULO IX

El momento de la partida rumbo al planeta PT-1.001 constituyó un brillante espectáculo. Una multitud de curiosos se arracimaba en torno al cosmódromo de Amarillo. Y no era para menos, dado que los viajeros pertenecían a mundos y caracteres bien distintos entre sí.

Atletas, músicos, hombres de acción, incluso ejecutivos, algún intelectual, un genio reconocido, mujeres hermosas, un vagabundo y treinta guardias armados con lanzarrayos y otras armas sofisticadas: he aquí el elemento humano que enfiló la pista en dirección a la nave, en la que ya aguardaba parte de la tripulación y algunos viajeros madrugadores.

También viajarían media docena de robots, entre los que se encontraba el inefable Napo.

El capitán de la nave era un tipo de constitución atlética llamado Oscar Deeping. Tenía cuarenta años, de los cuales había consumido cerca de veinte en viajes interplanetarios y estancias más o menos prolongadas en planetoides y estaciones espaciales. Era un hombre de hierro, autoritario, un jefe nato.

De él se contaban actos heroicos y acciones reprobables. Dentro de una nave se encontraba en su elemento como pez en el agua. En la Tierra se sentía desplazado, inseguro. Solía decir, utilizando una metáfora de dudosa belleza pero muy gráfica, que él era semejante a una estrella errante: sólo era feliz cruzando vertiginosamente los inmensos espacios siderales.

Cuando la nave partió, millares de pañuelos y de manos abiertas se alzaron en señal de despedida. El monstruo metálico se elevó majestuosamente, por un momento su pulida superficie rebrilló al recibir de lleno los rayos del sol.

El capitán Oscar Deeping, en la sala de máquinas, daba algunas instrucciones con su habitual tono autoritario.

Estaba impaciente por alejarse cuanto antes de la Tierra, en la que se sentía extranjero.

Mary Pinter y Peter Morris, cogidos de la mano, veían alejarse a la Tierra bajo sus pies. Hasta que la nave dio un repentino acelerón y

casi sin solución de continuidad pasaron del día a la noche, de la Tierra trepidante de actividad a la calma sobrecogedora del espacio inconmensurable.

Entonces les pareció que se movían con infinita lentitud, que una fuerza inmensa había paralizado a la nave, dejándola suspendida en el vacío.

Nada más lejos de la realidad. De momento, se desplazaban a una velocidad aproximada de cincuenta mil kilómetros por minuto. La sensación de inmovilidad, o más exactamente de avanzar de manera casi imperceptible, alarmó por un momento a Mary.

—Tengo la sensación de que somos como una mosca atrapada en una tela de araña. ¿Por qué no vamos más de prisa?

Peter sonrió tranquilizadoramente.

—Te aseguro que vamos muy de prisa —exclamó—. Más bien somos como un estilete que corta fácilmente la tela de araña. Más adelante iremos más de prisa aún. Si le preguntases al capitán, te diría que ahora viajamos a paso de tortuga, poco menos que calentando motores.

—¿Cuándo nos hibernarán?

—Por turnos, amor mío. Ya me he encargado de eso. A nosotros nos hibernarán dentro de seis meses, aproximadamente.

Se hallaban en una pequeña estancia con tres ventanillas

circulares que daban al exterior, al universo infinito. No estaban solos, ante las dos ventanillas restantes se apretaban sendos grupos de personas que contemplaban el abismo estrellado y hacían comentarios en voz baja, sin duda pasmadas por el espectáculo.

La puerta automática que daba acceso al recinto se abrió para dar paso a un tipo alto y robusto. Era Oscar Deeping, el capitán.

Se acercó a los dos jóvenes.

—Ah, están aquí —dijo en tono alegre, al tiempo que daba una afectuosa palmada a Peter—. Le andaba buscando, amigo Peter.

El capitán se fijó a continuación en Mary, y sus ojos se miraron perceptiblemente.

—De modo que es usted Mary Pinter —dijo mirándola con fijeza—. Peter me ha hablado mucho de usted. Es un hombre de suerte, no cabe duda. Apuesto a que no hay en toda la nave otra mujer más hermosa que usted.

Ella agradeció el cumplido con una sonrisa de circunstancias. La mirada insistente del recio capitán no podía por menos de resultarle desagradable, sobre todo hallándose presente Peter.

El capitán buscaba a éste para invitarle a una

cacería que tendría

lugar al día siguiente, en

la sala arbórea.

—¿Una cacería? —le miró perplejo Peter.

—Así es, amigo —repuso muy ufano Oscar

Deeping—. Una

cacería en toda regla. A título particular, me he permitido introducir en la nave una serie de animalitos que servirán para entretener mis ocios. Mientras duren los animalitos, claro está. Debo decirle que soy un cazador nato. Ya van quedando pocos como yo, lo sé. El amor a la naturaleza y todo eso... ¡Tonterías! El hombre es un animal depredador, lo lleva en los genes. Y apuesto a que ninguna clase de educación puede hacerle cambiar. El hombre nació cazador y morirá cazador, según nos demuestra la historia.

Hizo una pausa, en la que volvió a mirar a Mary con mal disimulada admiración. Mary pudo observar cómo se movían las ventanas de aquella nariz de corte aguileño.

—Lo que pasa es que existen diversas formas de

caza —prosi-

guió el capitán—. Unos cazan animalitos, como yo;

otros prefieren

una caza más aséptica, pero no menos encarnizada, como los enemigos de los robots, que también los hay... Y luego están los cazadores del sexo. Como usted, amigo Peter —añadió jovial- mente—, que ha

tenido el buen sentido de cazar una hermosa mujer. La mejor de las cazas, sin duda... ¿no es cierto?

Peter no supo que contestar, se hallaba en extremo violento.

—Bueno, puede que no le falte a usted razón —balbuceó—. Pero...

—Entonces, ¿acepta mi invitación? —le atajó el otro—. ¿Vendrá a la cacería?

—Sí, con mucho gusto —aceptó Peter sin dudarlo. Estaba deseando perder de vista al capitán—. Iré con usted.

Oscar Deeping, antes de despedirse, extendió su invitación a Mary. También ella podía acudir a la sala arbórea.

Cuando se alejó. Peter se quedó con los ojos fijos en la puerta automática por la que había desaparecido.

—Te aseguro que nunca le hable de ti —dijo al fin, dirigiéndose a

Mary—. Si acaso, de pasada. ¿Por qué ha dicho entonces que yo le hablé mucho de ti?

—No me gusta ese hombre —sentenció Mary —. Tiene unas ideas muy primitivas. ¡Un cazador! Pensé que ya no existían.

—En el fondo, creo que no le falta razón —dijo

Peter reflexio-

nando en voz alta—. Yo mismo me siento un cazador... de robots.

Se estaba acordando de Napo.

*

*

*

Al día siguiente, antes de la cacería, Peter Morris decidió hacer una visita a su robot. De momento, ninguno de los seis robots eran requeridos por sus respectivos dueños, por lo que se les mantenía en una estancia un poco apartada de los centros neurálgicos o de mayor actividad de la nave.

La puerta tras la que se encontraban los seis

robots tenía una

pequeña ventanilla por la que atisbó Peter antes de

decidirse a

entrar. Y lo que vio le

dejó estupefacto.

Allí, en medio de la estancia, los seis robots hacían rigurosos movimientos gimnásticos, genuflexiones, espiraciones e inspiracio-

nes. Se habían despojado de sus vestimentas y todos ellos lucían camiseta y calzón de deporte; bien visible en el muslo derecho, por encima de la rodilla, la marca de fábrica.

Cinco de los robots estaban perfectamente alineados e imitaban los movimientos de Napo, que hacía las veces de monitor.

Cuando Peter entró en la estancia los robots cesaron en sus movimientos.

—Buenos días, señor —le saludó Napo—. ¿Ha descansado?

—Sí, gracias.

—Hermosa mañana, señor —exclamó Napo volviendo la cabeza hacia el ventanal, en el que podía verse una panorámica del umbrío universo cuajado de estrellas.

Peter asintió con la cabeza. Era indudable que para Napo era una hermosa mañana radiante de sol. Su sentido del día y de la noche parecía regirse por nociones muy distintas a las de un ser de carne y hueso.

—No sabía que los robots hicieran gimnasia —dijo el joven.

—También nosotros debemos estar en forma, señor —contesto Napo.

Peter le dirigió una mirada crítica. Le pareció que la piel de su fiel Napo brillaba un punto más que la de sus compañeros.

—Colócate junto a los otros —le ordeno. Napo obedeció presuroso.

Tras una atenta observación que duró un par de minutos, Peter llegó a la tranquilizadora conclusión de que los seis eran iguales en esencia, aunque distintos entre sí en lo referente a talla, corpulencia, color de los ojos, etc. Tenían la misma piel tersa y mate —curio- samente, la de Napo parecía un poco más brillante—, sin vello ni barba, y la misma expresión rígida y fría en el rostro.

Pero había algo más en Napo que no tenían los otros, algo recóndito, indefinible.

"¿Serán los ojos?", se preguntó. Comparando los de Napo con los de sus compañeros halló que la diferencia tampoco radicaba en los ojos. Quizá los de Napo eran más vivos, más logrados. Pero esta circunstancia podía ser un tanto más a favor del fabricante.

Alguien que entró en la estancia sin hacer ruido le puso una mano en el hombro. Peter se volvió con una sonrisa pensando que se trataba de Mary.

Era un hombre alto y con gafas, un hombre de

aspecto elegante
y frente espaciosa que le daba un aire noble y ciertamente atractivo a su semblante

—¿No me reconoce, Peter Morris? —le preguntó con suavidad el recién llegado.

Peter le miró con atención y un instante después pronunció un nombre:

—Desmond Murray, el genio —su voz no denotó el menor entusiasmo.

—El mismo, el mismo —contestó el otro con una amplia sonrisa. Explicó que estaba allí en calidad de técnico en robots, al cuidado de Napo y sus compañeros. También pretendía hacer —y este era el principal motivo de su presencia en la nave— un deta- llado estudio sobre el funcionamiento de los robots en un medio distinto a su hábitat natural, que era la Tierra. Dijo lo de "hábitat" sin ningún pudor, como si se estuviera refiriendo a seres vivos, a una

entrañable especie animal.

Sin saber exactamente por qué, a Peter no le seducía la idea de tener a Desmond Murray, el genio, como compañero de viaje.

CAPÍTULO X

A la cacería en la sala arbórea no asistió Mary, pretextando una fuerte jaqueca. Repugnaba a sus sentimientos la matanza gratuita de seres vivos.

Si asistieron Peter y Desmond Murray, el genio,

únicos invitados

del capitán en aquella ocasión.

La sala arbórea era un espacioso recinto situado en la base o primera planta de la nave. Un bosquecillo de árboles enanos lo cubrían en su mayor parte, un bosquecillo por el que zigzagueaba un riachuelo que, a su vez, se ramificaba en otros riachuelos de menor cauce.

Era un recinto cerrado, sin vistas al exterior, con zonas en pe- numbra y otras profusamente iluminadas. Pájaros de diversas espe- cies saltaban de rama en rama, o bajaban al mullido y húmedo cés- ped para beber. Había gorriones, mirlos, grajos, ruiseñores, tordos y otras aves canoras. De vez en cuando, un trino, un gorjeo dulce y armonioso, o un chillido estridente cual llamada desesperada llenaban el ámbito de la sala arbórea.

—Los míos son los grajos —dijo el capitán—. De

momento, son

las únicas piezas que podemos cobrar.

Habían entrado en la sala los tres hombres y un

ayudante del

capitán, un guardia que portaba las armas: tres imponentes y terroríficos lanzarrayos. Peter no pudo menos de comentar:

—¿No son demasiado desproporcionadas las

armas, capitán? Si

tenemos en cuenta que sólo se trata de abatir

pequeñas piezas…

El capitán le interrumpió impaciente y hosco:

—¿Y qué quiere usted? ¿Disparar con escopeta de perdigones? Ya no se fabrican apenas. Además, aquí no podemos permitirnos ciertos lujos.

Peter tomó su lanzarrayos y se adentró entre los árboles. Sin entusiasmo, con un sentimiento de culpabilidad que le hacía fruncir el ceño. Sus dos compañeros, por el contrario, parecían ostensiblemente animados ante la perspectiva de una buena caza. Siguiendo direcciones opuestas, también se adentraron entre los árboles.

Peter vio, a menos de seis metros, un grajo encaramado en la copa de un árbol. El animal parecía enfermo, indiferente al hombre, estaba embolado y no se alteró lo más mínimo cuando Peter le apuntó con su arma. Por el contrario, introdujo la cabeza bajo el ala con un desprecio absoluto al peligro que se cernía sobre él.

Peter bajó el arma. Carraspeó con fuerza, y el animal sacó por un instante la cabeza para mirarle. Una mirada indiferente, apática, con la que parecía querer comunicarle: "Sí, ya sé que eres mi enemigo y que tienes un arma. ¿A qué esperas para matarme?"

El grajo volvió a ocultar la cabeza bajo el ala.

Peter se quedó indeciso, sin saber qué hacer. A su cerebro acudieron de repente las palabras de un autor de tiempos pasados que había dicho: “Siempre que uno observa atentamente a un animal tiene la sensación de que dentro hay un hombre que se burla de él”. Pero el pájaro aquel no se burlaba. Simplemente, se entregaba, le ofrecía su enfermo y tibio cuerpecito para que lo destrozara de una vez por todas. O acaso había leído en sus ojos que era un buen hombre, incapaz de disparar contra un ser vivo, ni siquiera contra un humilde grajo.

Una mano se posó en su hombro. Peter, enfrascado en sus pensamientos, se sobresaltó.

Era Desmond Murray, el genio.

—¿A que espera? —musitó Murray—. Dispare de una vez. Ese pajarraco ofrece un blanco perfecto.

—Está enfermo —murmuró Peter.

—Mejor que mejor —repuso Desmond, mirándole con curiosidad—. Si no lo hace usted, lo haré yo.

Antes de que Peter pudiera oponer alguna objeción más, Desmond Murray, el genio, se llevó su arma al hombro y disparó. El grajo se desintegró al instante. Los ojos de su matador brillaban de puro contento.

—Me alegra comprobar que aún conservo mi buena puntería — exclamó alborozado—. ¿Ha visto como se desintegraba? Visto y no visto.

Peter le miró con infinito desprecio, pero el otro no se inmutó. El genio, guiñándole un ojo, hizo ademán de alejarse, pero Peter le agarró por un brazo para retenerlo.

—No me gusta lo que ha hecho, Desmond —masculló—. Desde

el primer momento supe que era usted un cerdo.

Desmond no intentó desasirse. Miró a Peter con los ojos muy abiertos, con la misma sorpresa con que se mira a un hombre que se ha vuelto loco repentinamente.

—¿Por qué dice eso? —dijo en voz baja—. ¡Si no era más que un pajarraco! Además, ¿hay algo más aséptico que el lanzarrayos? Es como desintegrar marcianos en las máquinas de juego electrónicas. Ese pájaro es como si nunca hubiera existido. ¿Quién puede llorar sobre su cadáver? ¡No hay cadáver! No hay más que una rama vacía, amigo mío.

—Es usted un cínico —dijo Peter con desprecio, sin soltar el brazo de Murray—. Ese pajarraco, como usted lo denomina, era un ser vivo. Y estaba enfermo.

Desmond Murray parecía gozar con la situación. No daba la menor muestra de experimentar temor ante la actitud claramente hostil de Peter. Su semblante adquirió una expresión condescendiente, amistosa, como la del doctor que sabe cómo tratar a un paciente desquiciado.

—Está bien, ya veo que me odia —dijo con voz suave—. ¿Por qué no se desahoga, Peter? Pégueme y se sentirá mejor. Permítame sugerirle un directo a la mandíbula y también... y también un rodillazo en el bajo vientre.

Peter soltó el brazo del genio. De pronto se sintió impotente, confundido: aquellas palabras demenciales le desarmaban, una vez más. Eran más propias de un robot de los golpes, parecían

pronunciadas por Napo. Pero Desmond Murray, el genio, era un hombre, un hombre de carne y hueso. Y esto era lo terrible. Se comportaba de pronto como un hombre bueno, como alguien que sabe cómo desarmar la agresividad de un enemigo; pero acababa de matar a un indefenso animal con la mayor sangre fría del mundo.

—Váyase, Desmond —vociferó—. ¡Déjeme en paz!

El otro no se movió. Había dejado caer su arma.

Permanecía con
los brazos caídos y una expresión de calma, con los músculos de la cara totalmente relajados.

Peter tuvo la sensación de hallarse ante su fiel

Napo. La misma
imperturbabilidad, el mismo interés
en ser golpeado.

—No me iré —murmuró el genio—. Quiero que se

tranquilice…

¿Por qué no me golpea? —se quitó las gafas y entrecerró los ojos. Parecía un sentenciado a muerte en el paredón, a punto de ser ajusticiado.

En ese preciso instante hizo su aparición el capitán, sin duda atraído por las voces de Peter.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Este hombre quiere que le golpee —manifestó Peter—. Se cree un robot de los golpes.

El capitán miró a uno y a otro con cara de asombro.

—Muy bien —dijo al cabo de un instante dirigiéndose a Peter—. ¿A que espera?

—No lo haré —dijo Peter—. No voy a darle ese gusto.

—Entonces, permítame que lo haga yo por usted —dijo el capitán, y uniendo la acción a la palabra descargó un terrible puñetazo en la cara del genio, que se derrumbó y quedó tendido en el césped.

Peter se inclinó sobre Murray. Estaba inconsciente. Miró sorprendido al capitán, que aún permanecía con el puño cerrado, dispuesto sin duda a repetir la suerte.

—Conozco a estos tipos —dijo Deeping—. Todos los inventores de robots son iguales, acaban por parecerse a sus muñecos. Deformación profesional. Voy a darle un consejo amigo Peter. Cuando uno de estos genios vuelva a pedirle que le pegue, hágalo. Ganará un amigo. Es lo que quieren, no le quepa la menor duda. ¡Están chalados!

*

*

*

Mary Pinter, en su aposento, miraba las estrellas cuando entró Peter. Ni siquiera se volvió, parecía sumida en profundos pensa- mientos.

—No lograre acostumbrarme a esto —dijo al cabo de un momento—. Echo de menos el sol de Texas.

—Olvídate de que estás colgada en el espacio —le aconsejó él desde su experiencia—. Procura vivir, como hacen todos. Los atletas que viajan con nosotros luchan entre ellos, el capitán organiza cacerías y tu amigo Desmond Murray, el genio, sigue pensando en

sus robots. Y hasta un vagabundo, al que los inefables miembros del Departamento de Evaluación se les ocurrió incluir entre los pasajeros, no para de dar vueltas por la nave con su hatillo al hombro, arriba y abajo, durmiendo donde le sorprende el cansancio y comiendo lo que le dan aquí y allá... Viajar a otros mundos ya no es una espera, al menos mientras no se esté hibernado. Eso sucedía hace siglos, en la prehistoria de los viajes espaciales. Ahora una nave es como un mundo en pequeño que corre hacia otros mundos. De todas maneras, si quieres ser hibernada antes de tiempo, podemos hablar con el capitán...

—No, no —se apresuró a contestar Mary—. Tienes razón.

Se apartó del ventanal y avanzó hacia Peter con una prometedora sonrisa en los labios.

—Bésame —le susurro, alzándose sobre la punta de los pies y echándole los brazos al cuello.

Peter no se hizo repetir la orden. La besó con pasión, con el mismo frenesí con que lo hizo la primera vez. El contacto de aquellos labios jugosos y la excitante proximidad de aquel cuerpo escultural despertaron su deseo.

El lecho estaba próximo al ventanal que tan graves reflexiones arrancara al cerebro de Mary, pero ahora ya no parecía importarle a ella el sobrecogedor espectáculo de un universo insondable huérfano del sol de Texas. Volvía a encontrarse a sí misma en

el amor. Era la primera vez en muchos días que volvía a desnudarse para el hombre que amaba.

Por un momento, el contempló la maravillosa desnudez de la mujer con expresión deslumbrada. Volvía a sentirse como un Robinson, como un hombre que ha permanecido durante demasiados años en una isla solitaria y de pronto se encuentra con el inesperado regalo de una hermosa mujer entre los brazos.

La empujó suavemente hacia el lecho y un instante después, tras despojarse de su propia vestimenta, se acomodaba a su lado. Comenzaron a prodigarse besos y caricias. Ella dejaba escapar intermitentes susurros que le excitaban aún más. "Eres mía, sólo mía", musito él ingenuamente a su oído, y ella asintió con un susurro, en un tono de voz próximo al sollozo, al desmayo...

Se olvidaron de que estaban a bordo de una aeronave y de que

al otro lado del ventanal que se encontraba cerca del lecho se extendía, arriba y abajo, a derecha e izquierda y por todos lados, un espacio cuya contemplación no podía menos de producir pasmo y terror a un tiempo.

Consumado el acto sexual se quedaron en silencio por un largo momento, dulcemente extenuados, con la sensación de haber recuperado un equilibrio físico y psíquico que comenzaba a faltarles en los últimos días.

—¿Sabes una cosa? —dijo él de repente, depositando un cariñoso beso en la mejilla de su amante—. Hace una hora creía odiar a tu amigo Desmond Murray. Ahora le compadezco, porque veo las cosas con más objetividad. Francamente, creo que ese hombre está loco.

—Tómame otra vez, amor mío —dijo ella estrechándose de nuevo contra su cuerpo—. ¿Qué nos importan los demás? Lo nuestro es lo único que cuenta.

Peter se dispuso gustoso a complacer el deseo de la joven.

*

*

*

Entretanto, la gigantesca nave avanzaba

inexorablemente hacia su destino. En su interior bullía la vida, sus ocupantes podían permitirse el lujo de hacer proyectos, exactamente lo mismo que si estuvieran en tierra firme. Se divertían, amaban y odiaban. Incluso llegaban a padecer el mal del aburrimiento, tan común en la Tierra.

Las modernas astronaves comerciales y de transporte de pasajeros no se parecían en casi nada a las antiguas, de espacio mucho más reducido, cuyos paneles de mando exigían de los tripulantes una dedicación absorbente.

Los nuevos vehículos espaciales permitían una

maniobrabilidad

casi ilimitada, debido, entre otros adelantos técnicos, al automatismo y a una mayor pericia de los tripulantes.

De este modo, los tripulantes y pasajeros podían disfrutar de una casi total libertad de movimientos. Podían ir y venir a sus anchas, correr, aislarse, hacer el amor y albergar las mismas pasiones que les agitaban en la Tierra.

En realidad, las grandes naves que partían de la

Tierra hacia

otros mundos eran, en sí mismas, pequeños mundos a los que no costaba adaptarse.

Solía suceder que algunos pasajeros afortunados, al dejar la nave en que habían vivido durante largos meses e incluso años, se sentían tristes por el hecho de tener que abandonar un lugar en el que por un tiempo fueron en extremo felices. En este apartado se encontraba el capitán Oscar Deeping, que sólo se encontraba a gusto a bordo de una aeronave.

CAPÍTULO XI

Peter paseaba por los largos y enrevesados pasillos de la nave. Habían pasado varias semanas desde la partida y su vida, así como la de Mary, transcurría sin incidentes dignos de mención.

Durante bastantes días no había visto a Napo,

circunstancia que

influyó para que reconsiderara la idea que albergaba de deshacerse

de él. Sin embargo, estaba plenamente convencido de que esta idea volvería a incordiarle. Napo no iba a cambiar, puesto que era un robot. Y él, aunque de carne y hueso, tampoco pensaba hacerlo.

Seguía pensando que los robots eran una carga, un lastre para la civilización. Especialmente los robots más sofisticados y perfectos, como era el caso de Napo: un robot al que en ocasiones, no se atrevía a mirar a la cara, porque tenía la vaga impresión de que allí dentro había un ser humano.

Aquella tarde se había despedido de Mary: "Voy a dar una vuelta, necesito estirar las piernas"

Y mientras paseaba se dio cuenta de algo muy reconfortante: cuando se cruzaba con alguien —hombre o mujer—, no necesitaba agudizar la vista ni hacerse una pregunta para averiguar si ese alguien era hombre o robot, como tantas veces le sucedía en la Tierra. Ahora sabía que los seis únicos robots que viajaban en la nave se hallaban a buen recaudo en una estancia, de la que no saldrían hasta el término del viaje.

Si, era reconfortante cruzarse con tripulantes y

pasajeros y saber

que eran semejantes a él, hermanos suyos, y no

complicados conglomerados de cables y otros instrumentos, verdaderas obras maestras de la ingeniería robotiana.

Inesperadamente, en un corredor solitario de la planta central de la nave se topó con un individuo de lo más extravagante. Iba mal vestido, con unos viejos pantalones llenos de lamparones, zapatos polvorientos y una capa que en otro tiempo debió ser de un brillante color azul celeste. Pensó que no podía ser otro que el vagabundo, único ejemplar de su condición que el Departamento de Evaluación había tenido la ocurrencia de incluir entre los pasajeros de la nave.

Despedía un olor característico, un olor que a Peter se le antojo

entrañable, a tierra, a camino. Incluso conservaba el polvo de la Tierra en sus viejos zapatones.

El vagabundo, al verlo, le detuvo y extendió la mano: le pidió unas monedas. Peter le contesto amablemente que allí no le iba a resultar fácil encontrar dinero. Tampoco tabaco, aunque existía una sala de fumadores. El vagabundo le preguntó entonces donde podría echar un trago, pues tenía la garganta reseca. “Despídase del alcohol —le dijo Peter—. Esto es una nave espacial, nos dirigimos hacia un lejano planeta”

El vagabundo le miró fijamente, achicando los ojos. Le soltó de sopetón:

—Dígame, señor. ¿Es usted robot o persona?

—¿Por qué me lo pregunta? —se inquietó Peter.

—Porque si es usted robot, le voy a partir la cara. Hace mucho que no descargo mi agresividad. Si no hay tabaco, ni alcohol, ni dinero contante y sonante, uno se llena de agresividad y de malos humores, y necesita atizar algunos mamporros...

—Lo siento, amigo —sonrió Peter—. Soy persona.

—Me lo temía —suspiro el vagabundo. Era un tipo enteco, de mejillas hundidas y ojos negros y vivos que miraban de frente—. Solo me encuentro con personas en esta maldita ciudad. ¿Dónde diablos están los robots?

—A buen recaudo —dijo Peter—. Afortunadamente. Y vuelvo a repetirle que nos encontramos en una nave.

El vagabundo pareció meditar. Dijo.

—De todas formas, hay un tipo por ahí que si se deja pegar. Un tipo con gafas...

—Desmond Murray, el genio —dijo Peter, en un susurro.

—Tengo ganas de volver a encontrármelo —aseguró el vagabundo, cerrando los puños y con expresión amenazadora—. Si lo ve usted, no se olvide de decirle que le busca el viejo Edward para chafarle las narices. Seguro que se alegrará, es un gran tipo —lanzó un escupitajo que se estrelló a los pies de Peter.

—Se lo diré —repuso el joven, apresurándose a seguir su camino.

*

*

*

Se alejó pensando en Desmond Murray. No le cabía la menor duda, era un caso perdido. Un genio que se iba pareciendo cada vez más a los robots que creaba. Sin embargo, había algo que ningún robot haría jamás: desintegrar indefensos pajarillos posados en una rama. Probablemente odiaba a los seres vivos desde lo más profundo de su ser. Sin duda soñaba con un mundo poblado casi exclusivamente de robots, un mundo donde el hombre no fuese más que un elemento secundario, esclavo de los robots, servidor de los robots, robot de los robots... Pero ¿quién puede averiguar lo que se cuece en la mente de un genio perturbado?

De súbito, experimentó el vivo deseo de verlo una vez más, de asomarse a sus ojos, a su alma, para tratar de averiguar el verdadero alcance de su locura, la clave de su inquietante personalidad.

¿Dónde podría encontrarlo? Probablemente en la planta baja, en la sala arbórea. Desmond se había hecho buen amigo del capitán, con frecuencia los veía juntos. Ambos le rehuían. Oscar Deeping no había vuelto a invitarle a una cacería de grajos, debido sin duda a que ya conocía sus particulares sentimientos respecto a los animales. Mejor que mejor.

Aún le parecía estar viendo al indefenso grajo desintegrarse de resultas de la certera descarga efectuada por Desmond Murray. No podía olvidarlo fácilmente.

Le hubiese gustado que el genio fuese un robot

para poder alimentar respecto a él el mismo propósito de destrucción que alimentaba respecto a Napo.

Desgraciadamente, Murray no era un robot,

aunque lo pareciese

en

ocasiones.

En la planta baja, a la entrada de la sala arbórea, encontró a un guardia armado de lanzarrayos que le impidió el paso.

—Déjeme pasar —ordenó Peter—. Necesito hablar con el capitán. Me consta que se encuentra ahí dentro, junto al ingeniero Desmond Murray.

—En efecto, los dos están ahí dentro —contestó el guardia—. Pero tengo órdenes muy estrictas del capitán para no dejar pasar a nadie

—Es un asunto de la máxima urgencia —replicó Peter—. Le ruego que me deje pasar.

El guardia insistió en que no podía abandonar la entrada ni comunicarse con el Capitán, ya que este no poseía ningún transmisor ni había en el interior de la sala arbórea ningún otro medio para hacerle saber que deseaban hablar con él. La sala era, en efecto, el lugar menos tecnificado de la nave, los constructores habían querido hacer de ella un verdadero oasis dentro de la misma.

—Está bien —se impacientó Peter—. Pero le advierto una cosa: si no logro comunicarme inmediatamente con el capitán, usted sufrirá las consecuencias. El mismo se encargará de aplicarle a usted el correspondiente correctivo. Lo que debo comunicarle es de vital importancia.

—De acuerdo —dijo el guardia con disgusto—. Le dejaré pasar. Pero bajo su responsabilidad, señor Morris.

Peter entró. Frente a él, una tupida masa de árboles le impedía ver de momento al hombre que buscaba. Una ráfaga de aire tibio y perfumado de aromas silvestres le dio en el rostro, recordándole que el *oasis* no estaba totalmente desprovisto de recursos técnicos.

Numerosos pajarillos piaban o volaban de rama en rama. Tuvo la impresión de que había menos pájaros que la primera vez que entró allí. No tenía que devanarse los sesos para comprender el motivo de semejante cambio: el capitán menudeaba sus visitas a la sala.

Probablemente, ya había acabado con todos los grajos.

Se adentró en el bosquecillo. Ni rastro de los cazadores, aunque no podían encontrarse muy lejos, lógicamente.

Al llegar al riachuelo situado hacia la mitad de la gran sala, se detuvo indeciso.

De pronto, una voz familiar que sonó a sus espaldas le hizo sobresaltarse.

—Buenos días, señor. ¿Ha descansado?

Se volvió. Era Napo, que salía de entre los árboles.

—¡Napo! ¿Qué haces aquí?

—Me han traído para que tome un poco el aire y haga ejercicio, señor.

—¿Sin mi consentimiento? ¿Quién te ha traído?

—El señor Murray —contestó Napo—. Es muy bueno conmigo.

Me aprecia enormemente. Dice que soy el mejor robot que ha conocido. Un gran robot. Eso es lo que dice.

—Pero yo soy tu amo —dijo Peter—. Es decir, tu dueño. No deberías irte con extraños.

—Cualquier hombre puede ser amo de un robot, señor —repuso Napo con toda calma—. Nosotros, los robots, nos limitamos a obedecer al hombre. A cualquier hombre que nos dé una orden. La obediencia es nuestra principal virtud.

Peter le miró perplejo. Era una respuesta de lo más objetiva, pero ciertamente extraña en boca de un robot. Otro en su lugar hubiese guardado silencio o emitido una respuesta más simple. Pero Napo parecía tener ideas propias. Quizá por eso merecía la predilección del genio Murray.

—Vuelve inmediatamente junto a tus compañeros —ordeno Peter en tono categórico, señalando con un índice rígido hacia la salida—. Y no vuelvas a separarte de ellos sin mi consentimiento. ¿Entendido?

Pero Napo no se movió. Bajo la cabeza para decir:

—El señor está enfadado conmigo. Debe golpearme. Me iré en cuanto me golpee.

—No pienso hacerlo —contestó Peter, tajante.

—Debe hacerlo, señor. Contentar y servir al hombre es nuestra razón de ser. Debe hacerlo, señor —levantó bruscamente la cabeza y miró con fijeza a Peter—. Le sugiero... Permítame sugerirle un directo a la mandíbula y un rodillazo en el bajo vientre.

Peter retrocedió, cruzó el arroyuelo de una zancada y ya en el otro lado se volvió de nuevo.

—Quieto donde estás, Napo —alzó la voz—. No pienso pegarte.

—Debe hacerlo para apaciguar su cólera, señor —dijo el robot con su voz cavernosa, pero suave—. No es bueno que el hombre guarde su agresividad para sí. Puede acabar descargándola en otros hombres. Para eso estamos los robots de los golpes, señor: para salvar al hombre del hombre.

Aquella respuesta exasperó a Peter.

—Pareces conocer muy bien al hombre —exclamó, mirándole fijamente a los ojos—. Hablas como un predicador.

—No soy más que un robot que cumple con su deber —repuso

Napo, bajando de nuevo la cabeza—. Deseo que el señor lo comprenda: debe golpearme. Quiero que me castigue. He cometido una falta siguiendo al señor Murray, lo admito.

Su obstinación podía calificarse de demencial.

“Este robot está loco” —pensó Peter. Y al instante se dio cuenta de que la denominación de loco no era la más adecuada para calificar la actitud de Napo. Era el, Peter Morris, quien acabaría volviéndose loco si no se deshacía de su robot de una vez por todas.

—Está bien —dijo con voz firme. Cruzó de nuevo el arroyuelo en dirección a Napo, al que agarró del brazo enérgicamente—. Sígueme, voy a castigarte.

El robot produjo con sus labios algo parecido a una sonrisa.

—Gracias, señor.

—Voy a destruirte —le dijo Peter con toda naturalidad—. A un gran robot, un gran castigo.

Napo no pareció inmutarse.

Sus labios se ensancharon en lo que sin duda era la más amplia de sus sonrisas, al tiempo que se dejaba arrastrar hacia la salida.

CAPÍTULO XII

Desmond Murray, protegido tras un desnivel del terreno, había escuchado casi toda la conversación de Peter con su robot. No se atrevió a intervenir. En el último momento, cuando el joven biólogo habló de destrucción y arrastró a Napo hacia la salida, estuvo tentado de hacerlo. Incluso le pasó por la cabeza la descabellada idea de disparar su lanzarrayos contra Peter. Pero no podía recurrir a la violencia. Él, como los robots que creaba, no podía atentar contra la vida de ningún ser humano. Los creadores de robots no podían ser violentos, esto era algo que no entraba ni en los preceptos ni en la ética de su profesión.

Cuando Peter salió llevándose consigo al robot, Desmond Murray sintió que debía hacer algo. Napo era el mejor robot que había conocido en su vida. Era un milagro de la técnica robotiana, un prodigio salido de las manos de un verdadero genio, una obra maestra que era preciso preservar de la destrucción.

—¡Eh, capitán! —gritó, estirando el cuello y mirando en torno suyo en busca de Oscar Deeping—. ¿Dónde está? ¡Se han llevado a Napo!

El capitán apareció un instante después.

—¿Qué sucede, Murray? Me ha parecido oír hace un momento

una voz que no era la suya.

—Era ese tal Morris. Peter Morris. Se ha llevado a Napo. Creo

que intenta destruirlo.

—¿Destruirlo? —el capitán le miró con expresión de absoluta incredulidad. Llevaba bien agarrado el lanzarrayos, como si temiera perderlo. Sin duda era su juguete favorito, el objeto que más estimaba, aparte de la nave.

—En efecto —asintió Murray—. Hemos de hacer algo, capitán. No podemos permitir que ese loco le haga ningún daño al robot.

—Por supuesto —rezongó el capitán—. Vamos en su busca. Lo que no comprendo es cómo ha podido entrar aquí. El guardia tenía órdenes muy estrictas.

Mientras el capitán y su amigo se dirigían hacia la salida, Peter Morris y Napo ascendían una escalera en espiral que conducía a la

planta
segunda.

Cuando estuvieron arriba, Peter, que iba delante, se detuvo para
orientarse. Ante ellos se abría un pasillo desierto y profusamente iluminado.

—¿Adónde vamos, señor? —preguntó Napo con su dulzura
característica.

Peter no contestó, se limitó a mirarle. Napo, como siempre,
presentaba un aspecto impecable, con su traje de mayordomo de tiempos pasados y su cuello de pajarita, los zapatos brillantes y el oscuro cabello cuidadosamente peinado hacia atrás. Por un momento, al sostener su mirada, tuvo Peter la impresión de hallarse ante un verdadero hombre, y sintió que flaqueaba su determinación de deshacerse de él.

Haciendo un esfuerzo, se dijo que no debía vacilar ni detenerse
en absurdas consideraciones sentimentales. Napo era un robot, y un
robot de la peor especie: casi perfecto, casi un hombre. Un robot con la viciosa propensión a actuar como un ser humano estoico y bondadoso, siempre dispuesto a poner la otra mejilla, a dejarse golpear con una sonrisa en los labios, como un verdadero mártir. Una odiosa máquina que ya no se limitaba a servir a su dueño, sino que también recordaba a este que era un ser fundamentalmente agresivo, una criatura llena de violencia, de la que sólo podía librarse por medios violentos.

—Voy a destruirte, ya te lo he dicho —dijo Peter

al fin—. Es decir, voy a lanzarte al espacio. No volverás a incordiarme.

—El señor está furioso —exclamó Napo—. Permítame sugerirle un buen directo a la mandíbula y un rodillazo en el bajo vientre. El señor se quedará como nuevo.

—No pienso pegarte —murmuró Peter—. Ya no. Se acabó la farsa, ¿entiendes?

—Perfectamente, señor —contestó Napo con su voz sin matices—. Mi deber es complacerle en todo. Si quiere arrojarme fuera de la nave, no tenemos más que seguir este pasillo hasta el final y luego torcer a la izquierda. Es una buena hora, casi todo el mundo estará reposando o divirtiéndose.

—Adelante, pues —dijo Peter—. Pasa tú delante y condúceme. Napo echó a andar a buen paso. La idea de su inminente

lanzamiento al abismo no parecía afectarle. Semejante disposición tranquilizaba a Peter. No era ningún crimen deshacerse de Napo, aquel robot no era más que un artefacto; una máquina sofisticada y costosa, ciertamente: pero, a fin de cuentas, un simple objeto del que podía desembarazarse sin el menor remordimiento de conciencia, como se desembaraza uno de un tarro vacío de mermelada o de una cortadora de césped inservible.

*

*

*

Cruzaron una sala en la que había cinco o seis guardias contemplando un videorama. Estaban armados. Por un momento temió Peter lo peor, temió que Napo advirtiese a los guardias que el hombre que iba con él se proponía destruirlo.

Afortunadamente, no dijo nada. El robot cruzó ante ellos con absoluta naturalidad, como si se dirigiese hacia algún cometido ordinario.

Peter no pudo menos de extrañarse ante semejante actitud. Si bien los robots no estaban dotados de instinto de conservación, si lo estaban al menos de ciertos resortes que suplían de alguna manera ese instinto, tan desarrollado en el hombre. Otro robot, probablemente, le hubiera delatado a los guardias. Pero Napo parecía precipitarse hacia un destino fatal con una impasibilidad escalofriante, como si la cosa no fuera con él.

Ahora tenía la impresión de conocerlo un poco mejor. Era un robot dotado de una infinita capacidad de obediencia, de una sumisión a toda prueba. Sin duda su creador se había esmerado en este aspecto de su

obra. Poco después, y tras recorrer una serie de estrechos pasadizos. Napo se detuvo. Para Peter constituía un misterio el hecho de que su robot conociese tan bien aquella zona de la nave. Pero no era el momento de plantearse ninguna clase de preguntas, sino de actuar con decisión. Se encontraban en una cámara abovedada iluminada por una luz anaranjada, envuelta en un rumor sordo y penetrante que hacía poco deseable la permanencia en aquel lugar.

Había una gran puerta blindada con un ventanuco de cristal en la parte superior y un letrero que rezaba: ATMOSFERA CERO. A la

derecha de la puerta, un panel de mandos sencillos: no había más que bajar una palanca para que aquella puerta se abriera, dando paso a un estrecho recinto, al fondo del cual se alzaba otra puerta blindada, que a su vez daba acceso a un túnel que desembocaba en el vacío. En este túnel empezaba la atmósfera cero, la ingravidez, la fuerza y la atracción irrevocables del abismo. Nadie que se adentrase en aquel túnel sin la adecuada escafandra y a bordo de un vehículo especial tenía la menor posibilidad de salvación.

Esta segunda puerta se abría desde el interior, por simple impresión fotoeléctrica. Cualquier objeto o persona situado ante ella estimulaba el mecanismo de apertura.

—Ha llegado el momento —dijo Peter, poniendo la mano en la palanca.

Napo le dedicó una sonrisa, hizo una respetuosa y absurda inclinación de cabeza y se situó ante la puerta.

—Adiós, señor —dijo Napo mirándole a los ojos —. Ha sido un placer servirle. Nunca le olvidaré.

Cuando Peter se disponía a bajar la palanca, oyó un rumor de pasos a su espalda, pasos precipitados. Se volvió sorprendido. Desmond Murray y el capitán irrumpían en el recinto.

—Deténgase, Peter Morris —el genio le apuntó con su lanza- rrayos—. No puede hacer eso.

—Claro que puedo —farfulló Peter—. Este artefacto es mío, y voy a deshacerme de él porque ya

no me sirve.

El capitán también le apuntaba con su arma.

—No es usted quien debe decidir si sirve o no —exclamó—. Aquí hay un técnico. Si tanto odia a su robot, ¿por qué no se limita a golpearlo?

—No quiero rebajarme hasta ese extremo —dijo Peter—. Eso se acabó. ¡Se acabó! ¿Me oyen? ¿Quién es más robot, el que golpea o el que es golpeado? No quiero seguirle el juego…

Desmond Murray estaba pálido, desencajado. Se había quitado las gafas.

—Escuche, Peter —farfulló—. Este robot es el mejor que he conocido en mi vida, es perfecto, un fuera de serie. Honra a los de su especie. ¿Es que no tiene usted corazón?

—¡Claro que lo tengo! —chilló Peter—. Por eso quiero desha-

cerme de él. No me gustan los robots. Hay demasiados. Y ya no se limitan a servimos, como antiguamente. Ahora nos inducen a golpearlos, a ser peores de lo que deberíamos ser. Nos tiranizan con su solicitud, con su falsa mansedumbre. Les dedicamos más tiempo que a cualquier otro ser humano...

—¡Pamplinas! —exclamó el capitán—. ¡Vamos, no sea terco, Peter!

—No voy a permitir que arroje al espacio a Napo —dijo Murray—. Para que lo sepa, vale más que muchos humanos... Y debo decirle que los robots también son personas, desde el momento en que están dotados de la capacidad de aguantar los golpes y humillaciones que el hombre quiere infringirles.

—Eso es lo malo —murmuró Peter—. Poco a poco, estos artefactos se van adueñando del mundo. A este paso, pronto habrá un robot en la presidencia de Estados Unidos.

—Llegará ese momento, no le quepa la menor duda —repuso Murray en tono exaltado, brillantes los ojos—. Ya se trabaja en ese sentido...

Peter, exasperado, haciendo caso omiso al peligro que representaban los lanzarrayos de sus oponentes apuntándole, bajó bruscamente la palanca que en ningún momento había soltado. La primera puerta se abrió.

Napo dio un paso hacia delante, y otro más. Todo su afán parecía consistir en satisfacer el deseo de su amo y señor de entregarlo al abismo.

Murray, aterrado, lanzó un grito y se lanzó tras el robot, al que detuvo en su avance. A empellones le hizo retroceder hasta la cámara abovedada. Pero él se quedó dentro del pasadizo.

El capitán palideció intensamente.

—¡Salga de ahí, Murray! —le conminó—. ¿Se ha vuelto loco?

—No pienso salir —dijo el genio con voz firme—. Voy a ofrendar mi vida por la causa. Quiero que todo el mundo lo sepa. Que se enteren en la Tierra y en todas partes donde haya hombres: doy mi vida por un robot.

El genio, pronunciadas estas palabras, giro sobre sí mismo y avanzó hacia la segunda puerta.

—¡Vuelve atrás, Murray! —le gritó Peter—. ¡Está bien, usted

gana! ¡No haré ningún daño a Napo!

—Ya es tarde —repuso el genio. Le brillaban los ojos, estaba mortalmente pálido—. Doy mi vida por la causa... —se detuvo un instante, miró hacia atrás por encima del hombro—. Napo no debe morir, no debe ser destruido. Es un robot que merece la calificación de hombre por méritos propios... Por él me sacrifico.

Peter cruzó el dintel de la primera puerta, en un intento desesperado por salvar a Desmond Murray. El genio se volvió rápidamente, apuntándole con el lanzarrayos.

—Un paso más y le desintegro —chilló. Y en sus ojos, en su expresión, podía leerse que no amenazaba en vano.

Peter retrocedió. El genio reanudó su marcha inexorable hacia la segunda puerta.

Todo sucedió en breves instantes. Cuando la segunda puerta se abrió, la primera se cerró automáticamente. Peter, instintivamente, pegó su rostro al cristal de la ventanilla, a tiempo de ver cómo Murray, el genio, cruzaba el dintel de la puerta fatal y se alzaba del suelo como un pelele, golpeándose después contra las paredes del túnel, arriba y abajo... Después, también la segunda puerta se cerró y ya no vio más.

Cerró los ojos abatido, consternado. Golpeó con los puños la puerta blindada. "¿Por qué? ¿Por qué lo ha hecho? —murmuró con un hilo de voz—. ¿Por

qué?"

No podía comprenderlo. Le parecía estar viviendo una horrorosa pesadilla.

De pronto, oyó la voz de Napo, seca, inexpresiva, cavernosa, la misma voz de siempre:

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Tal vez está enfadado conmigo por lo sucedido? En ese caso, permítame sugerirle un directo a la mandíbula y un golpe al bajo vientre...

CAPÍTULO XIII

Peter Morris estuvo muy preocupado durante algún tiempo. Temía una represalia por parte del capitán y de otros miembros de la tripulación, todos ellos amigos de los robots. Precisamente se improvisó a bordo un llamado *Club de Amigos de los Robots*, compuesto por quince o veinte pasajeros y tripulantes, pálido remedo de los numerosos clubes amigos de los robots que ya existían en la Tierra.

Peter no se sentía culpable de la muerte de Murray, el genio. El bueno de Murray, como dio en llamarle el capitán a raíz de su horrorosa muerte, estaba trastornado, loco por los robots, en sentido literal, y en su trágico final sólo había un culpable: él mismo.

Las circunstancias de su muerte no tardaron en saberse en la Tierra, y como no podía menos de suceder menudearon los mensajes consternados, los panegíricos y toda clase de discursos encomiásticos glorificando hasta límites insospechados la figura del desaparecido. Gracias a su heroico gesto, Desmond Murray pasaba a formar parte, por derecho propio, de la historia de los robots, al igual que los hermanos Wright entraron a formar parte en su día de la historia de la aviación.

El capitán culpaba de lo sucedido a Peter Morris, pero el caso era enrevesado y, por otra parte, no existían leyes al respecto. De modo que Oscar Deeping se limitó a advertirle que, si volvía a atentar contra la "vida" del robot, se vería en la necesidad de aplicarle un severo castigo.

De cualquier forma, fue pasando el tiempo. Hasta que la hibernación de Peter, que se efectuó al mismo tiempo que la de Mary, vino a enfriar el asunto.

Precisamente durante el tiempo en que la primera tanda de pasajeros debía someterse a la obligada hibernación, surgieron algunos incidentes que echaron un nuevo montón de arena sobre el caso Murray.

Edward, el viejo vagabundo que recorría incesantemente la nave, se resistió a ser hibernado. La primera objeción que puso era que el necesitaba ser libre como el viento. La segunda, que estaba

convencido de que si lo despojaban de sus harapos era hombre perdido. Sus ropas polvorientas eran su verdadera piel. Por tanto, no podía permitir que lo despellejaran.

Fue inútil que trataran de convencerlo con toda clase de razonamientos. A la primera ocasión que tuvo se escurrió de entre las manos de los guardianes y corrió a refugiarse en algún lugar recóndito de la nave que tan bien conocía.

El capitán dio orden de capturarle vivo.

Pasadas cuarenta y ocho horas, el viejo Edward seguía sin aparecer. Una y otra vez, los guardias se veían en la necesidad de dar cuenta al capitán de la inutilidad de sus pesquisas. "Probablemente se ha lanzado al espacio, puesto que hemos buscado por todas partes y no aparece", le dijeron al cuarto día de su desaparición.

El capitán admitió de buen grado esta posibilidad.

Al quinto día, el viejo Edward se topó en un pasillo de la segunda planta con una pareja de guardias. Valiéndose de la sorpresa, arremetió contra ellos y logró derribarlos de sendos directos a la mandíbula. Se había pasado la vida vagabundeando por los caminos de la Tierra y golpeando a los robots que hallaba en su camino, por lo que tenía una larga práctica.

El capitán casi sufrió un ataque de nervios cuando se enteró. El plan de hibernación estaba sufriendo una demora por culpa del maldito vagabundo, y esto no podía consentirlo. Dicho plan estaba confeccionado en

todos sus detalles desde antes de la partida, y cualquier demora o corrección sobre la marcha no dejaba de ser una chapuza imperdonable. De modo que dio una orden a sus hombres: "Quiero a ese hombre, ¡vivo o muerto!”

Para muchos de aquellos guardias dicha orden era un aliciente.

Estaban deseando utilizar sus lanzarrayos, disfrutar con la inefable desintegración de un ser vivo.

No obstante, se dio una última oportunidad al escurridizo vagabundo. Se le conmino por todos los altavoces para que se presentase inmediatamente en Hibernación. Durante varias horas, no hubo recinto ni rincón que no resonase con la apremiante llamada al viejo Edward. Pero este no tuvo a bien presentarse.

Los guardias tampoco conseguían dar con él.

Estaban furiosos,

se sentían imponentes. Miraron en todas partes, incluso en aquellos escondrijos donde no hubiera podido ocultarse un niño de pocos años.

El capitán, a la vista de tan infructuosa búsqueda, decidió darse un paseo por la sala arbórea para tratar de calmar sus nervios.

Llevaba consigo el lanzarrayos. Hacía ya mucho tiempo que no se entregaba a su pasión favorita, la caza menor, y ello por una razón fundamental: apenas quedaban pájaros que desintegrar. Casi todos habían sido víctimas de su certera puntería, o más exactamente, de la asiduidad a la sala.

No había ningún guardia de vigilancia a la entrada. Era ya innecesario. Nadie que viajase a bordo de la nave, tripulante o pasajero, podía ignorar que aquella sala era en realidad el acto privado del capitán, la prolongación de su aposento particular, territorio en exclusiva.

Entró con el deliberado propósito de disparar contra el primer plumífero que viese posado en una rama. Se sentía furioso. Se adentró en el bosquecillo y llegó a la orilla del arroyuelo principal. Allí, en el césped, vio un cuerpecillo inerte: un pájaro muerto, un mirlo esquelético. Sin duda llevaba muerto algunos días. Lamento que la enfermedad se hubiese adelantado a su lanzarrayos. No obstante, se inclinó para recogerlo, lo lanzó al aire y, antes de que cayese, lo desintegró de un rápido y certero disparo. Se felicitó por la buena puntería de que había hecho gala.

De pronto oyó un rumor de pasos a su derecha, al otro lado del arroyo y en el interior del bosquecillo. Miró en aquella dirección y vio una figura enclenque y

cubierta de harapos, un hombre de rostro lívido y descarnado: el viejo Edward.

El capitán le apuntó con su lanzarrayos.

—¡Vaya, qué sorpresa! —musitó Oscar Deeping—. ¿Dónde diablos te habías metido, viejo loco?

El vagabundo no hizo ademán de huir. Todo lo contrario: avanzó hasta situarse frente al capitán, con el arroyo por medio. Parecía muy cansado y famélico.

—Estoy cansado de huir —musitó, con un hilo de voz—. Cansado de comer hierbajos. Me entrego, hagan conmigo lo que quieran.

El capitán apretó los dientes. Sin dejar de apuntar al vagabundo, le contempló en silencio durante un largo momento.

—Ya es tarde, amigo —masculló—. La primera parte del plan de hibernación ha sufrido una demora por tu culpa. Eres un peligro para mi nave. Te has burlado de mí, y eso se paga. Ya he dado una orden. Eres hombre muerto.

El viejo Edward parpadeó. Entreabrió los labios

para decir algo,

pero el capitán se le adelantó con voz firme, implacable:

—Pero no quiero matarte a sangre fría. Voy a

darte una

oportunidad. Corre con todas tus miserables fuerzas

hacia la salida.

Tal vez la alcances, y con un poco de suerte podrás seguir huyendo durante algún tiempo más...

El viejo Edward comprendió que era inútil discutir. Conocía muy bien a los hombres y supo desde el primer instante que el capitán no bromeaba. Cruzó el arroyo con paso vacilante y se dirigió hacia la salida, volviendo la cabeza atrás.

—¡Corre! —le gritó el capitán—. ¡Contaré hasta

cinco!

El viejo Edward echó a correr, pero a los pocos pasos tropezó con un árbol y cayó de espaldas. El capitán contó hasta cinco, momento en el que se dirigió calmosamente hacia el vagabundo. El viejo consiguió levantarse y, aturdido, aterrorizado, echó a correr de nuevo, seguido a paso lento por su enemigo.

Cuando ya sólo le faltaban dos pasos para ganar la salida, el viejo Edward volvió la cabeza. El capitán ya estaba en la linde del bosquecillo y, plantado

sobre sus piernas, le apuntaba con su arma.

El vagabundo, presa del terror, incapaz de reunir sus últimas energías, cayó de rodillas y en esta postura avanzó un poco más hacia la salida.

Oscar Deeping, con el mismo cuidado y la misma frialdad con que disparaba contra los grajos, hizo funcionar su lanzarrayos. El viejo Edward se volatizó en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO XIV

Las pantallas no habían detectado ninguna anomalía en el planeta PT-1.001. Cuando la visión se hizo más nítida y se pudo observar una amplia zona con más detalle, la primera conclusión fue que se trataba de un planeta cubierto de vegetación, con una atmósfera similar a la de la Tierra, una atmósfera prístina y sin elementos contaminantes.

El capitán eligió para posar la nave una elevación que dominaba una extensa superficie cubierta por un bosque que no parecía tener
fin. Oscar Deeping dio las últimas órdenes: una patrulla compuesta por una veintena de hombres realizaría una incursión previa, mientras el resto de los pasajeros aguardaría en la nave el regreso de los expedicionarios.

Peter Morris fue designado para formar parte de

la patrulla. En
su calidad de biólogo podía obtener datos muy interesantes. Junto con Peter, cinco jóvenes científicos más componían el equipo técnico. El resto eran guardias armados hasta los dientes y tres fornidos luchadores, tres imponentes atletas de dos metros de estatura y más de cien kilos de peso.

Se abrieron las compuertas de la nave y Peter fue el primero en descender, seguido por los restantes miembros de la expedición.

Ante ellos se abría una inmensa extensión cubierta de árboles, entre los que se adivinaban algunos claros, aunque poco numerosos. El silencio reinante hubiera sido total de no ser por los trinos y graznidos de diferentes especies de aves que se divisaban a lo lejos, volando sobre el inmenso bosque.

Uno de los atletas preguntó a Peter si creía en la

existencia de vida inteligente en PT-1.001.

—Hasta el momento no hemos visto ningún robot —murmuró Peter con una sonrisa—. Eso me hace pensar que, en efecto, aquí existen seres inteligentes.

El atleta lanzó una sonora carcajada para celebrar la gracia. Iniciaron la marcha sin prisa, dominando toda impaciencia.

Un numeroso grupo de personas salieron de la nave para despedirles, entre ellas Mary Pinter.

Peter se volvió y levantó la mano, correspondiendo ella a su saludo. Peter tenía un vago presentimiento, algo le decía que allá abajo, en el interior de las inmensas selvas iban a toparse con más de un enemigo. Una larga experiencia le decía que donde hay vida cabe esperar alguna forma de oposición, de hostilidad. Y allí había vida. El hombre dominaba ya los espacios interestelares, pero aún se mostraba impotente y limitado en el interior de una selva virgen.

Asió con fuerza el lanzarrayos, tratando de darse confianza a sí mismo. Se adentraron en la selva y pronto perdieron de vista la colina en cuya cúspide aguardaba la nave.

Iban en fila india. Peter abría marcha, e inmediatamente detrás caminaban los tres fornidos luchadores.

El calor era agobiante, todos los hombres sudaban copiosamente, pese a que los rayos del sol encontraban un serio obstáculo en la techumbre formada por las copas de los altos árboles.

Caminaron durante varias horas sin sufrir ningún contra tiempo. Aparte de aves de distintos colores y tamaños, observaron la presencia de un extraño animal con cuerpo de serpiente, y dos únicas patas delanteras que le servían para la locomoción. Uno de los guardias desintegro a varios ejemplares de tan singular especie, pese a que no daban muestras de agresividad. Peter, como jefe de la expedición, le ordenó que no disparase contra ningún ser vivo, como no fuese en legítima defensa.

A media tarde se detuvieron para reponer fuerzas.

Tras un breve descanso, reanudaron la marcha.

Los guardias comenzaban a dar muestras de descontento. Querían volver a la nave. "Acabaremos por perdernos en esta maldita selva”, comentó uno de ellos.

Peter no estaba dispuesto a retroceder tan pronto.

Hasta aquel

momento no habían encontrado nada que representase un

verdadero hallazgo, de modo que siguieron avanzando.

La selva se iba haciendo inextricable por

momentos, fue preciso

recurrir a los buenos servicios de los machetes para abrirse paso. Algunos hombres empezaban a dar muestras de cansancio, entre ellos los tres atletas.

Al llegar la noche, los guardias, sin poder dominar su impaciencia, insistieron en sus demandas de regresar a la colina.

Peter y sus compañeros científicos deseaban todo lo contrario, querían seguir adentrándose en la selva, cada vez más cerrada y misteriosa.

Era curioso constatar cómo los hombres más fuertes y mejor armados daban muestras de un menor empuje, de una menor fuerza de voluntad para seguir adelante.

De manera tan inesperada como providencial, la selva dejó de ofrecer la pertinaz resistencia de que había hecho gala hasta entonces. Los árboles, más espaciados, dejaban entrar ráfagas de aire refrescante. Los guardias dejaron de murmurar. Ahora se podía caminar sin tener que utilizar el machete a cada paso.

De pronto, Peter, que seguía en cabeza, levantó el brazo. En un claro del bosque, situado a unos cincuenta metros de distancia, brillaba la luz de una fogata, en torno a la cual podían distinguirse algunas sombras, cuerpos de apariencia humana cuya contemplación hizo contener el aliento a los expedicionarios.

*

*

*

—Monos —susurró uno de los atletas.

—Hombres —matizó Peter en el mismo tono.

Los guardias se desplegaron con la prontitud que les caracterizaba. Para ellos, la perspectiva de una

refriega era el premio a la penosa marcha que habían debido soportar a través de la selva. Estaban tensos, con los lanzarrayos en posesión de disparo. Peter les detuvo con un gesto, levantó la mano para hacerles saber su propósito de no utilizar las armas

Los guardias obedecieron de mala gana. Bajaron sus armas. Peter retrocedió procurando no hacer ruido. Sus compañeros científicos y los tres atletas le siguieron sin rechistar. Los guardias también lo hicieron, pero de mala gana, mirando continuamente hacia atrás.

Volvían a caminar en fila india. La oscuridad era poco menos que impenetrable, apenas se veía a dos pasos de distancia, pese a que había dos lunas gemelas en el cielo de PT-1.001. Sin embargo, el cielo estaba cubierto de densos nubarrones. El calor seguía siendo sofocante.

Peter sacó de uno de los bolsillos de su pantalón de campaña una pequeña linterna de luz sorda. "Son hombres”, pensaba, dirigiendo el haz de fría luz hacia delante. Pero no estaba realmente convencido de que lo fueran. Los seres que había visto hubieran pasado en la Tierra por una especie de los primates y nadie se habría extrañado de verlos en un zoo. Sin embargo, era evidente que poseían inteligencia, puesto que eran capaces de hacer fuego.

Tras diez minutos de marcha, uno de los guardias, el último de la fila, se detuvo y dejó que sus compañeros continuaran avanzando sin él. Cuando se cercioró de que no le echaban en falta, volvió sobre sus pasos.

"Son monos”, pensaba, aunque también tenía sus

dudas. En

cualquier caso, hombres o bestias, aquellos seres no le gustaban. Se había quedado con las ganas de desintegrarlos. Y también le hubiese gustado verlos ce cerca, puesto que no le daban miedo.

De modo que decidió volver sobre sus pasos. Nadie iba a enterarse. También él disponía de una linterna, y después de hecho lo que pensaba hacer, no tardaría mucho en reunirse con sus compañeros.

Pero antes tenía que divertirse un poco.

Necesitaba satisfacer su

curiosidad. Necesitaba, sobre todo, apretar el gatillo. Durante la jornada, el muy imbécil de Peter Morris le había impedido disparar contra aquellos repugnantes animalitos que parecían serpientes y que sin duda lo eran, pese a las patas delanteras que les servían para arrastrarse. Ahora pensaba desquitarse. Ahora la satisfacción sería mucho mayor, sin duda. Iba a disfrutar enormemente disparando contra aquellos salvajes.

Entró en el claro muy erguido, con el arma

preparada y un aire arrogante y confiado, de dios conquistador. Los supuestos monos, que ahora permanecían en cuclillas junto al fuego —al que contemplaban abstraídos, como si de un extraño fenómeno se tratara—, se incorporaron de un salto. Eran cinco.

Uno de ellos, en un rápido movimiento, se inclinó de nuevo para tomar algo del suelo, una especie de arco rudimentario. El guardia apretó el gatillo, y el hombre de PT-1.001 se desintegró en el acto.

Se oyó un grito bestial proferido al unísono por tres gargantas, y otras tantas sombras salieron disparadas en distintas direcciones.

El guardia, momentáneamente paralizado por la sorpresa, no tuvo tiempo de disparar una segunda ráfaga contra los fugitivos. Avanzó hasta la fogata y propino un rabioso puntapié al arco que había pretendido utilizar el salvaje desintegrado. No tuvo tiempo de fijarse si los que habían huido estaban armados.

—¡Salid de ahí, malditos puercos! —vociferó—. ¡Dad la cara, gallinas!

Silencio. Desde el centro del claro en penumbras y girando sobre sus talones, comenzó a disparar sus mortíferos rayos contra el follaje circundante.

Cuando dejó de disparar se quedó inmóvil, tenso, la expresión alerta.

Transcurrió un largo minuto. Permanecía en el centro del claro, atenazado por un vago sentimiento de inferioridad, de estar a merced de sus enemigos. Un ruido insignificante procedente del follaje le hizo lanzar otra ráfaga en aquella dirección.

—¡Vamos, gallinas, dad la cara como los hombres!

—gritó

exasperado.

Transcurrió un largo minuto, y por fin se decidió

a moverse

echando a andar hacia la espesura. Debía tratar de

reunirse con sus

compañeros

No había dado cuatro pasos cuando un seco

zumbido asaeteó el

aire. El guardia se detuvo bruscamente soltó el lanzarrayos y se tambaleó. Quiso seguir andando, pero no pudo.

Se derrumbó pesadamente, con el cuello

atravesado por una

flecha.

CAPÍTULO XV

Cuando el capitán Oscar Deeping se enteró de que los expe- dicionarios regresaban sin uno de los guardias, se dejó dominar por un rapto de cólera. Culpó a Peter Morris de lo sucedido, llamándole incompetente y otras lindezas. Pero Peter, que ya conocía al hombre, se limitó a soportar el chaparrón con semblante estoico.

Luego, el capitán se apresuró a darse una vuelta por la sala arbórea, su coto privado de caza. "A pensar ", según dijo. Al parecer, pensaba mucho mejor con el lanzarrayos en las manos y desintegrando a cuanto infeliz pajarillo se ponía a tiro, aunque ya iban quedando pocos.

Una hora más tarde, Peter volvió a encontrárselo. El capitán salía en aquel momento de la sala y el joven biólogo no pudo menos de dirigirle una mirada de desprecio. Estaba claro que el capitán ence- rraba en su persona algunos de los defectos de la transformación operada en la Tierra desde la aparición del lanzarrayos, el robot y otros inventos revolucionarios. En este caso concreto, del lanzarrayos. Estaba claro que para Oscar Deeping utilizar armas tan mortíferas constituía un divertimento, un ejercicio estimulante que satisfacía su vanidad de buen tirador.

Al no dejar huella, al suprimir a un mismo tiempo

la vida y el

sujeto físico que la contenía, esta arma favorecía la impasibilidad moral, el desprecio a toda forma de vida ajena y, probablemente, el instinto homicida. Muchos hombres se transfiguraban con un lanzarrayos en las manos.

—Hemos de buscar a ese hombre —le dijo el

capitán, ya más calmado—. Puede que se haya extraviado en la selva, o que este en poder de esos salvajes. Saldremos en su busca al amanecer. Yo mandare la expedición. Vamos a utilizar los detalles, Morris. Acompáñeme.

Peter le siguió de mala gana. La perspectiva de una nueva incursión al interior de la selva ya no le seducía. Temía por los "monos", como llamaban a los aborígenes de PT-1.001.

Sospechaba que el capitán, so pretexto de recuperar al hombre extraviado, iba a encabezar la nueva expedición con el secreto

propósito de utilizar su lanzarrayos contra los moradores de la selva.

Al amanecer del día siguiente vio a Oscar Deeping vestido de campaña e impaciente por partir. Daba órdenes a sus hombres con una vivacidad que fortaleció la impresión que Peter tuvo el día anterior de que estaba preparando una jornada de muerte y destrucción.

Pero Peter Morris no podía hacer nada al respecto. Se limitó a comunicar sus temores a Mary, quien le recomendó la más estricta prudencia, no fuera que las iras del capitán y de sus hombres se volviesen contra él.

La expedición se puso en marcha: veinticinco

guardias, los tres

forzudos atletas del día anterior como portadores, el mismo equipo de científicos y el capitán al frente. Y otra novedad respecto a la primera incursión: Napo, por orden expresa del capitán, también formaba parte del grupo. Oscar Deeping quería ver cómo se desenvolvía un robot en la selva.

Napo no tardó en revelarse como un eficacísimo ayudante en aquel medio desconocido para él. Manejaba el machete con destreza. Se había despojado de su habitual vestimenta decimonónica para lucir un ajustado calzón de deporte. Llevaba el tórax al aire, lo que le permitía gran libertad de movimientos.

Y mientras todos los expedicionarios sudaban a mares y agita- ban constantemente las manos para defenderse de los mosquitos, el permanecía fresco y hacia caso omiso de los insectos. Aunque se posasen en su pulida piel, totalmente desprovista de vello, él no se molestaba en ahuyentarlos, como si no se diese cuenta o no le afectasen en absoluto.

Al atardecer llegaron al claro donde el guardia

encontrara la muerte. No vieron más que las cenizas de la pequeña fogata y las huellas que había dejado un cuerpo al ser arrastrado hacia el interior de la selva. Pero donde acababa el claro se esfumaban también las huellas, y el capitán optó por seguir avanzando, un poco al albur.

El hecho de que el capitán no utilizase su lanzarrayos contra los reptiles, aves y otras bestezuelas que les salían al paso, hizo concebir a Peter la esperanza de que tampoco iba a utilizarlo cuando se topasen con los aborígenes de PT-1.001. Quizá se había precipitado

en su juicio al juzgar tan severamente al capitán. Tal vez su afición a apretar el gatillo sólo se manifestaba en la sala arbórea de la nave.

Con las primeras sombras de la noche, la expedición hizo un alto en el camino, el tercero desde que iniciaran la marcha. No habían transcurrido cinco minutos cuando percibieron el rumor de un cántico extraño, salvaje, hecho de sonidos guturales y penetrantes chillidos. El capitán adquirió una expresión radiante, un aire de triunfo. Inmediatamente ordenó reanudar la marcha.

Poco después llegaban a las inmediaciones del lugar donde se producían los cánticos y gritos. Se fueron acercando con cautela, adoptando toda clase de precauciones. Protegidos tras los árboles, no tardaron en asistir a un espectáculo sobrecogedor. En una amplia explanada, más de un centenar de criaturas semidesnudas se entregaban a una danza frenética en torno a un hombre desnudo e inerte, fuertemente atado a un poste clavado en el suelo: el guardia desaparecido, que aún tenía la flecha incrustada en el cuello.

Varias fogatas diseminadas iluminaban la escena. Las sombras de los danzantes hacían más inquietante el cuadro. Los salvajes golpeaban el suelo con sus pies desnudos se contorsionaban, proferían gritos y alaridos, dominados por una excitación creciente.

Peter se fijó con detenimiento en aquellos seres. Se asemejaban mucho a lo que sin duda había sido el hombre de la Tierra en los albores de la humanidad. Eran de talla más bien pequeña, cargados de hombros y extraordinariamente robustos. Parecían dotados de una vitalidad poco común. Tenían el

cuerpo casi totalmente cubierto de vello, salvo las extremidades inferiores y el rostro. Iban cubiertos únicamente por taparrabos de piel y algunos exhibían trazos y dibujos de vivos colores en piernas y rostro.

El capitán ordenó un despliegue en semicírculo.

Cuando todos

sus hombres se hallaron bien situados y en disposición de irrumpir

en la explanada, aguardó el momento oportuno para lanzar a sus hombres al ataque. No quería marrar el golpe, teniendo en cuenta que la superioridad numérica de los salvajes era abrumadora. Todos ellos estaban armados con arcos y flechas.

De pronto, uno de los salvajes levantó el brazo y

lanzó una

orden, un grito estentóreo que hizo enmudecer a todos. Los salvajes dejaron de danzar y se agruparon en apretada y expectante masa

tras el que había proferido el grito.

Este salvaje, que por su parte y fortaleza descollaba entre los restantes, tenía en la mano el lanzarrayos perteneciente al terrícola muerto. Se situó a unos quince pasos del cadáver y le apuntó con el arma. En la explanada se hizo un silencio sepulcral.

El salvaje, con una exactitud de movimientos verdaderamente incomprensible, levantó el lanzarrayos, apuntó y acto seguido oprimió el dispositivo de disparo.

El cadáver desnudo del guardia se desintegró al instante, y un segundo después, el poste al que había estado atado, que por un momento no pareció sufrir la descarga mortífera, se desmoronó y quedó convertido en un montón de ceniza.

El lanzarrayos fue depositado suavemente en el suelo. Los salvajes, formando un amplio círculo en torno al objeto, comenzaron a reverenciarlo con grandes inclinaciones del cuerpo, como si de un dios se tratara.

Y la noche volvió a llenarse con un cántico grave, profundo, estremecedor.

*

*

*

El capitán creyó llegado el momento oportuno. Dio la orden de atacar. Los guardias, como un solo hombre, irrumpieron en la explanada y comenzaron a disparar a discreción.

Las filas de las criaturas primitivas comenzaron a aclararse como por arte de magia. Los rayos mortíferos, cruzando en todas direc- ciones, sembraron la muerte y la destrucción en pocos segundos. Peter en un extremo de la explanada, asistía impotente a la masacre.

En la confusión, algunos salvajes consiguieron escabullirse y ganar la selva, pero sin duda fueron los menos, tan solo quince o veinte de los más de cien que había allí reunidos antes de la matanza.

Cuando se quedaron solos, el capitán miró a sus hombres con aire triunfal.

—Lo hemos conseguido, muchachos —dijo—. Hemos vengado a nuestro compañero.

Peter avanzó hacia el centro de la explanada y paseó una mirada

en torno suyo. Nada. No había quedado ni rastro de la masacre. Sólo algunos arcos y flechas que los salvajes abandonaron en su precipitada huida. Ni una gota de sangre, ni un solo cadáver.

Y esto era lo terrible, pensaba.

Los autores de la masacre estaban allí, tranquilos,

relajados, con

semblantes en los que sólo se reflejaba la íntima y común satisfacción por el deber cumplido, por el compañero vengado.

Ni el menor atisbo de remordimiento. ¿Por qué habían de sentir remordimientos? Eran conquistadores, miembros de una orgullosa raza de avanzada tecnología oriundos de un remoto planeta llamado Tierra. Eran, ante todo, eficaces servidores de esa tecnología, de sus designios, de su utilitarismo.

Hubiera querido llorar, pero no podía. ¿Con que objeto? ¿Dónde estaban los muertos? No había más que una plácida explanada con la arena removida por cientos de pies que momentos antes ejecutaban una danza.

*

*

*

El capitán dio la orden de regresar a la colina. La columna se puso en marcha. Transcurrió la primera hora sin el menor contratiempo. Los hombres se sentían satisfechos, casi felices. El planeta PT-1.001 no carecía de alicientes para la mayoría: se abría antes ellos como una inmensa sala arbórea en la que podrían entregarse a su pasatiempo favorito: la caza

mayor. Había piezas de sobra para todos, no dejarían que los lanzarrayos criasen herrumbre.

Ignoraban, de momento, que también ellos eran piezas de caza mayor.

Lo sabrían algunas horas después, poco antes de llegar a la colina donde les aguardaba la confortable aeronave, cuando aún caminaban por una zona intrincada de la selva.

De pronto, comenzó a caer sobre los expedicionarios una lluvia de flechas. Caían de todas partes, de las copas de los árboles y de ambos lados del sendero que abrieran por la mañana, por la vanguardia y por retaguardia. Los gritos de los heridos se confundían con el incesante zumbido de las mortíferas flechas certeramente lanzadas por invisibles enemigos. Los guardias

disparaban sus lanzarrayos al azar.

El capitán ordeno apagar las linternas.

Los terrestres, impotentes, vieron su única posibilidad de salvación en la huida, como horas antes hicieran los salvajes.

Peter Morris, dos de sus compañeros científicos y cinco guardias pudieron salvarse. Lograron alcanzar la aeronave por diferentes caminos y con distintos intervalos de tiempo.

Oscar Deeping, el capitán, había caído en la encerrona. Peter le vio desplomarse herido de muerte, atravesado por dos flechas que se clavaron en su pecho y cuello de modo casi simultáneo.

También Napo, el robot hubo de contarse entre los desaparecidos.

EPÍLOGO

Con la aurora de un nuevo día, Peter Morris, a la cabeza de los cinco guardias supervivientes, se dirigió al lugar donde habían sido tan seriamente diezmados.

El joven biólogo había tomado el mando de la aeronave. De él dependía la suerte futura de aquella primera expedición a PT-1.001.

Todos estaban consternados. Los tripulantes, en su mayoría, manifestaron su convicción de que en aquellas circunstancias debían, en buena lógica, regresar a la Tierra.

Peter hizo prevalecer su opinión de que antes sería conveniente inspeccionar otras zonas del planeta. Por otra parte, era preciso tratar de averiguar que había sido de los hombres desaparecidos, aunque era de temer que los salvajes hubiesen rematado a los heridos.

Les llevó tiempo y esfuerzo encontrar el lugar donde habían sido asaltados por aquellos energúmenos primitivos. Como era de esperan no encontraron a ninguno de sus compañeros, aunque si algunos rastros de sangre reseca.

Ya se retiraban cuando uno de los soldados descubrió el calzón deportivo de Napo. La prenda se encontraba cuidadosamente extendida al pie de un árbol, con una piedra encima. Esta doble circunstancia podía significar que el robot lo había dejado a propósito para darles a entender que se encontraba bien, que seguía "vivo". Probablemente esperaba que fueran a rescatarle.

Peter no hizo partícipe a nadie del resultado de su reflexión. Aquella era una excelente oportunidad

para librarse de una vez por todas de Napo, de modo que decidió aprovecharla. Decidió aban- donarlo a su suerte. ¿Qué más daba? Era un robot, una máquina sin capacidad de sufrimiento. Podía imaginárselo pidiendo encarecida- mente a los salvajes: "Permítanme sugerirles un directo a la mandíbula y..." Regresaron a la nave desalentados. Algunas mujeres
—amigas esposas o amantes de los desaparecidos—, querían quedarse allí algunos días más, a la espera de acontecimientos. Podía suceder que alguno regresase.

Peter optó por una solución que contentase a todos: a los que

deseaban partir inmediatamente y a quienes pretendían aguardar un poco más. Consideraba oportuno inspeccionar someramente otras zonas del planeta para poder confeccionar un primer informe del mismo de sus condiciones de habitabilidad, población global, etc. Luego regresarían a la colina, donde permanecerían por espacio de algunos días. Todos estuvieron de acuerdo con esta solución.

El viaje en torno a PT-1.001 transcurrió sin incidentes. Era algo más pequeño que la Tierra y, junto a algunos mares y cordilleras rocosas, poseía grandes extensiones de terreno fértil, pero despoblado. PT-1.001 era un perla, una rica adquisición para los intereses de la Tierra. En algunas zonas, y sin necesidad de abandonar la nave, descubrieron pequeños poblados constituidos por algunas casas de adobe y ramajes.

Algunos días después regresaron a la colina, donde todos estuvieron de acuerdo en permanecer durante una semana antes de partir definitivamente hacia la Tierra.

Transcurrieron seis días sin ningún incidente: los salvajes, si habían visto la nave, no se atrevían a acercarse. Probablemente lo estaban pasando a lo grande con los lanzarrayos capturados a los guardias.

Pocas horas antes del momento señalado para la partida definitiva divisaron al pie de la colina un movimiento discreto: los salvajes hacían por fin acto de presencia, se presentaban en número aproximado de doscientos entre hombres, mujeres y niños. Los guerreros iban armados con arcos y flechas, pero su aspecto no resultaba en absoluto amenazador.

Napo iba al frente luciendo un taparrabos de piel como única vestimenta.

El robot, separándose de los salvajes, se dirigió hacia la nave con su característico paso mesurado, sin prisa. Peter saltó a tierra y acudió a recibirle. El encuentro tuvo lugar a medio camino entre la aeronave y los aborígenes de PT-1.001.

—He venido a despedirme, señor —dijo Napo—. Me quedo. Ellos me han adoptado, quieren que sea su jefe.

—¿Su jefe? —exclamó Peter, entre escandalizado y divertido.

Napo asintió en silencio. El joven, mirando hacia abajo, echó un vistazo a aquella masa primitiva y expectante. Lo que vio le dejo

estupefacto: todos ellos presentaban un aspecto pulcro, con los cabellos peinados y humedecidos hacia atrás, a semejanza de Napo. Y, también a semejanza de éste, todos ellos lucían en el muslo derecho, por encima de la rodilla y en letras bien visibles (grabadas a fuego en la curtida piel, como si del hierro de una ganadería se tratara) la marca de fábrica característica de los robots, o sea, el nombre del fabricante y a continuación el inevitable secular y confortante *Made in USA*.

—Te felicito —murmuro Peter, verdaderamente

impresionado—.

Has conseguido lo que un hombre difícilmente hubiese conseguido.

—Gracias, señor —dijo Napo con orgullo—. Convendrá conmi- go que un robot es algo más que un robot.

"Pero menos que un hombre”, fue a contestar Peter, pero guardó silencio. Tenía un nudo en la garganta. La visión de aquella masa de criaturas primitivas e ingenuas hechizada y domesticada por un simple ingenio mecánico, le perturbo hasta la inquietud. Se limitó a estrechar la mano fría y pulida que le tendía Napo, su ex robot oficial. Y por un momento estuvo tentado de arremeter contra él, de golpearlo con todas sus fuerzas, de aplicarle un directo a la mandíbula y el subsiguiente rodillazo en el bajo vientre.

Pero no lo hizo, sabedor de lo que podría venírsele encima.

¿Cómo diablos lo habría conseguido? ¿Cómo pudo ganarse la

confianza de aquellos salvajes? Había oído hablar de robots dotados de la extravagante facultad de desenroscar su propia cabeza para colocársela bajo el

brazo, a semejanza de esos viejos que se sacan la dentadura postiza para asustar a los niños. Tal vez Napo había utilizado un procedimiento similar, cautivando a los salvajes y ganándolos para su causa.

Ya de regreso en la nave y cuando alzaron el vuelo, comenzó a sentirse mejor. Ligero y alegre, como si le hubieran quitado un gran peso de encima.

A partir de ese momento, también él tenía una ardiente causa que defender: la causa del hombre.

FIN

EDITORIA

•

BRUGUERA

, S. . A

PRECIO .
60
PTAS.
ESPAI\IA

Impreso en Espai'la